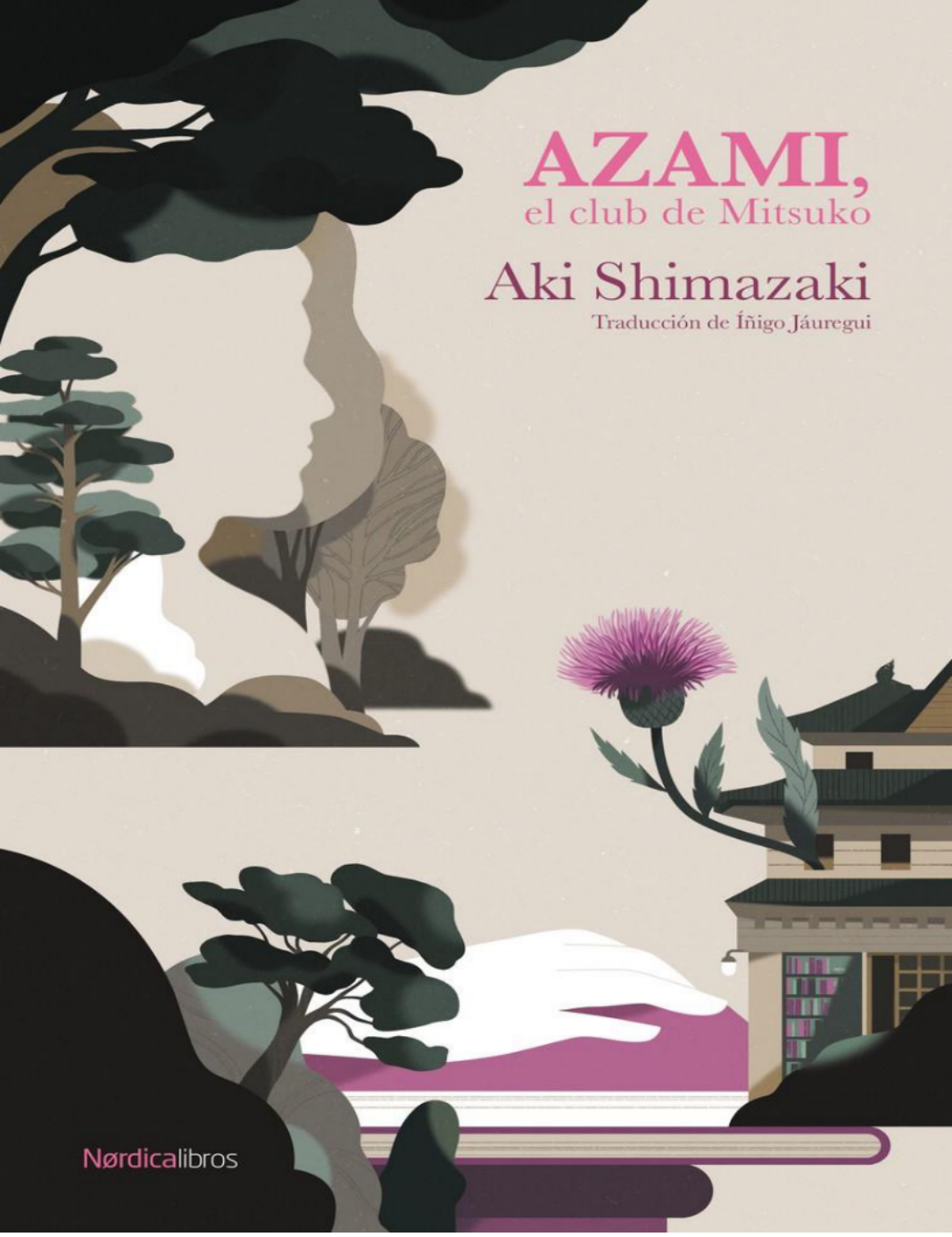

AZAMI,
el club de Mitsuko
Aki Shimazaki
Traducción de Íñigo Jáuregui
Nørdicalibros

AZAMI

EL CLUB DE MITSUKO

AKI SHIMAZAKI

Traducción de Íñigo Jáuregui

Nørdicalibros
Pronto llegará la nieve, se siente en el aire
www.nordicalibros.com

Título original: *Azami; L'Ombre du chardon, 1*

© ACTES SUD, 2015, 2020
Publicado originalmente por Leméac Éditeur (Montreal) en 2014
© De la traducción: Íñigo Jáuregui
Edición en ebook: febrero de 2023

© Nórdica Libros, S.L.
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.° B
28044 Madrid (España)
www.nordicalibros.com

ISBN: 978-84-19320-95-7

Diseño de colección: Filo Estudio e Ignacio Caballero
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Bajo las escaleras consultando el reloj. Son las tres pasadas. Acabo de comer a deshora en la planta alta del restaurante.

Esta mañana he entrevistado al señor L. para presentarlo a los lectores. A partir de ahora llevará un consultorio de autoayuda en nuestra revista. Luego he pasado un buen rato en mi despacho transcribiendo la grabación de la entrevista. Necesitábamos el texto final antes de las dos de la tarde. Enfrascado en mi redacción, me olvidé por completo de ir a almorzar.

Todavía me quedan treinta minutos de pausa. Mientras contemplo la madera natural que cubre la pared exterior del restaurante, me pregunto cómo puedo matar el tiempo.

Me meto en la calle comercial con soportales, desde donde puedo volver directamente a la oficina. Hay mucha gente, porque son las vacaciones de la Semana Dorada.[1] Camino sin rumbo entre la multitud.

Dos mujeres de mediana edad me adelantan, parloteando a voz en grito. Un fuerte olor a perfume me cosquillea en la nariz. El color de su pelo teñido es similar: violáceo. Por su aspecto inusual, tengo la impresión de que son chicas de alterne en un bar o cabaret. Entran en el *pachinko-ten*[2] situado al final de una fila de tiendas a mi izquierda. El *pachinko* me tienta, pero sigo andando.

Unos metros más allá, me paro delante de un escaparate. Es una tienda especializada en plumas estilográficas de alta gama. Atraído por una pluma negra de la marca P., barajo comprármela más tarde si mi mujer está de acuerdo.

Al pasar por una tienda de música, oigo una canción popular de los años setenta. Me paro y aguzo el oído. Al escucharla, me acuerdo de *Azami*, la nana de mi abuela.

> *De nuevo esta noche tu almohada está bañada en lágrimas.*
> *¿Con quién sueñas? Ven, ven a mí.*
> *Me llamo Azami y soy la flor que mece la noche.*
> *Llora, llora en mis brazos. Aún queda lejos el alba.*

Salgo de mi ensimismamiento cuando oigo:

—Mitsuo.

Alguien susurra mi nombre. Una voz masculina. Debe de ser una coincidencia, así que lo ignoro.

—Kawano-son.

«¡Es mi apellido!». Me vuelvo hacia la voz. Delante de mí hay un hombre de estatura y complexión medianas, con gafas de montura negra. Su chaqueta elegante y su corbata a rayas atraen mi atención. Pienso: «¿Lo conozco?». Parece de mi edad. Con la cabeza ligeramente inclinada a un lado, el desconocido me pregunta:

—Eres Mitsuo Kawano, ¿verdad?

—Sí…

Me quedo perplejo ante ese individuo que me conoce y que incluso me tutea.

—Soy Goró Kida —se presenta—. Éramos compañeros en la escuela primaria.

—¡Ah, Goró! ¡Qué sorpresa! —exclamo al instante.

Goró sonríe. En ese momento pienso en la tarjeta de invitación que me manda cada año. Él es quien organiza las reuniones de antiguos alumnos del colegio T. Nunca he asistido a esas reuniones, pero recuerdo el nombre de Goró que aparece cada año en la tarjeta.

—¿Cuánto hace? —pregunto—. ¿Más de veinte años?

—Veinticuatro —precisa.

—¿Tanto? ¡Increíble! —exclamo.

Goró mira a su alrededor, como si observara a la multitud.

—¿Cómo me has reconocido? —le pregunto mirándole fijamente.

Él se toca la nuca y responde:

—Hace un rato me encontraba en el restaurante donde estabas comiendo y te he seguido para asegurarme de que eras tú.

Estoy sorprendido. «¿Me ha seguido?». Atento a la menor de mis reacciones, se disculpa rápidamente.

—Perdona mi indiscreción. Solo quería saludarte.

Veo su mirada huidiza y siento curiosidad.

—¿Por qué has susurrado mi nombre?

—Todo el mundo distingue su nombre cuando lo oye. Estaba seguro de que tú reaccionarías si yo estaba en lo cierto.

Me echo a reír sin querer.

—¡Qué interesante! Lo probaré si se presenta la ocasión.

Goró propone invitarme a una copa.

—Lo siento, estoy ocupado —digo tras echar un vistazo al reloj—. Tengo que volver a la oficina dentro de un cuarto de hora.

—¿A qué te dedicas? —me pregunta.

—Trabajo en la revista *N*.

—¡Ah, la conozco! Es una buena revista de información general.

Sonrío.

—¿Eres periodista?

—No, soy redactor.

Cuando le doy mi tarjeta, exclama:

—¡Qué chulo! Mucha gente sueña con trabajar en el mundo del periodismo.

Me echo a reír.

—Está lejos de ser chulo. Es un trabajo como en cualquier otro campo —replico.

Él se queda callado y también me da su tarjeta. Las palabras «presidente» y «*sakaya* Kida» me sorprenden de inmediato.

—¡Ahora eres el presidente del *sakaya* Kida! —exclamo.

Goró asiente, orgulloso. Todo el mundo conoce esa empresa que importa licores de primera calidad e incluso destila *whisky*. Desde hace un tiempo está más activa que nunca. La revista *N*. le ofreció espacio publicitario, pero no ha recibido respuesta.

—La heredé de mi padre, que murió hace cinco años —me explica.

Al examinar su tarjeta, pienso: «Entonces, ¿ha sido Goró quien ha hecho que esta empresa prospere tanto?». Impresionado, elevo la mirada hacia este antiguo compañero que sigue hablando.

—Hoy he venido a este barrio para ver al gerente de un bar, uno de nuestros clientes más importantes. Como en tu caso, yo no tengo vacaciones.

Hablamos de la familia. Él tiene una hija de seis años y un hijo de tres, y yo una hija de siete años y un hijo de cuatro. Me cuenta que su mujer y sus hijos están en el campo durante la Semana Dorada. Cuando se entera de que los míos también están en el campo, me suelta en tono de broma:

—¡Entonces estamos solteros! ¡Hay que aprovecharlo!

Tengo que irme. Goró promete llamarme pronto. Nos despedimos y él se va en dirección opuesta a la mía.

Delante del *pachinko-ten*, me cruzo con las mujeres que me adelantaron hace un rato. Siguen hablando igual de alto. Sus cabellos violáceos recuerdan a la flor del *azami*. Canturreo: «De nuevo esta noche tu almohada está bañada en lágrimas. ¿Con quién sueñas? Ven, ven a mí…».

Me vuelvo un instante. Ese encuentro fortuito me ha dejado una sensación extraña. Rara vez almuerzo fuera. Me suelo llevar un *bento* o, si no, como en la cantina del trabajo. Además era la primera vez que entraba en el restaurante donde Goró me vio. «¡Qué curiosa coincidencia!».

Salgo de los soportales de la calle comercial. El cielo se nubla y va a llover, de modo que apuro el paso.

Agotado de mi jornada, por fin estoy en casa. Son casi las diez y media.

Tengo sed y tomo una botella de cerveza bien fría. En la mesa de la cocina está la nota habitual de mi mujer: «Cariño, he preparado estofado de ternera y ensalada para esta noche. ¡Que aproveche! Espero que no bebas demasiado. ¡Hasta el sábado! Atsuko». Sonrío.

Mi mujer y los niños se han ido esta tarde a la casa de campo, donde van a pasar cinco días. Atsuko tiene que limpiar el huerto antes de sembrar. Heredó esa casa de su padre, que murió hace tres años de un cáncer de hígado. El pueblo se halla muy cerca de M., la ciudad donde ella creció. Se tarda casi cincuenta minutos en coche en llegar allí.

A Atsuko le encanta cultivar verduras ecológicas. La cosa ha ido creciendo y ella prefiere quedarse en el pueblo todos los fines de semana y los días festivos. Naturalmente, los niños se van con su madre y yo a veces me reúno con ellos, sobre todo después del cierre mensual de la revista.

Entro en el salón. Encima de la mesa veo la pequeña bolsa de mi hijo donde guarda sus animales de plástico. Sentado en el sofá, hojeo rápidamente el periódico de hoy, sobre todo la sección política y el deporte. Nada particular. Enciendo la televisión, pero tampoco echan nada interesante.

Vuelvo a la cocina y me tomo la ensalada mientras espero a que se caliente el estofado de ternera.

La casa se halla en completo silencio. Echo de menos las voces animadas de los niños. Se estarán divirtiendo en el campo con sus amigos del pueblo. Mejor así, porque no tienen amigos en nuestro barrio. Ayer les prometí que pronto los llevaría al zoo Higashiyama.

Suena el teléfono justo cuando voy a coger el estofado de ternera. Es Atsuko. Me pregunta si ya he cenado y le respondo que iba sentarme a la mesa. Está de buen humor y me habla del huerto que ha empezado a escardar.

Le cuento mi entrevista de la mañana con el señor L. Atsuko conoce a este consejero de autoayuda y está deseando leer mi artículo sobre él. Le menciono también mi encuentro fortuito con Goró Kida, un compañero de la escuela primaria. Ella sabe que se trata del organizador de las reuniones de antiguos alumnos.

—¿Después de veinticuatro años? ¡Es sorprendente! —exclama.

Me pregunta por la profesión de Goró. Impresionada por el nombre del *sakaya* Kida, cuya publicidad tiene mucha presencia en los medios, me hace preguntas sobre su familia. Le repito lo que me ha dicho Goró.

—¿Una niña y un niño? Además, son casi de la misma edad que los

nuestros —señala ella—. Cariño, ¿qué te parece si invitáramos un día a esa familia a nuestra casa?

—No sé. Él y yo no teníamos mucha relación.

—¿Ah, no?

No insiste y cambia de tema.

—A propósito de las verduras ecológicas…

—¿Sí?

—Me gustaría cultivarlas en serio.

—¿Quieres decir para venderlas?

—Sí. Pediré un préstamo al banco hipotecando esta casa. ¿Qué te parece?

—Me parece que ya lo tienes decidido. ¿Qué puedo decirte? Hagas lo que hagas, tengo confianza en ti. Haz lo que quieras.

Atsuko continúa explicándome su proyecto. Me habla de una joven pareja que estaría dispuesta a colaborar con ella. La escucho sin interrumpirla. Antes de colgar, me pide que les lleve la bolsa que mi hijo ha olvidado en la mesa del salón.

Después de esa cena tardía, me doy una ducha y bajo al patio trasero.

Corre una ligera brisa. Sentado en el banco, enciendo un cigarrillo. El humo se esfuma con el viento. Con la mirada puesta en el cielo despejado de estrellas, me sumerjo en mis reflexiones.

Llevamos ocho años casados.

Atsuko también estaba empleada en la revista *N*. Tras sus estudios de *tandai*, trabajó seis años en el departamento de ventas. Empezamos a intimar con ocasión de la cena de despedida de uno de nuestros compañeros de trabajo y un año después nos casamos. En ese momento ella dejó la empresa.

Es una mujer sólida e inteligente. Sensata a la vez que paciente, es una madre excelente, justo lo que yo desearía para mi futura esposa. Los niños están bien educados y crecen sanos, y eso me hace feliz. Además, Atsuko se ocupa eficazmente de las tareas domésticas y yo puedo dedicarme a mi trabajo con total tranquilidad.

Mis horarios de trabajo son largos e irregulares y siempre llego tarde a casa. A pesar de todo, Atsuko no se queja. Al contrario, está orgullosa de lo que hago. Me escucha atentamente, sobre todo cuando anuncio un nuevo proyecto sobre la historia regional. Sueño con fundar mi propia revista y ella me anima a pensar seriamente en ello.

Atsuko es sociable y activa. Trabaja a media jornada en un supermercado, de nuevo en el departamento de ventas. Además, es la presidenta de la AMPA del colegio de nuestra hija. Me parece que tiene las cualidades que hacen falta para dirigir. Teniendo en cuenta su pasión por el cultivo de verduras ecológicas, no me sorprende que quisiera montar su propia empresa.

Mi mujer y yo nos entendemos muy bien. Salimos juntos a pasear, al cine, a restaurantes o de viaje. Hablamos de forma amistosa sobre la educación de nuestros hijos. No hay desacuerdos ni conflictos entre nosotros.

Todo parece ir bien en nuestro matrimonio.

Sin embargo no tenemos relaciones sexuales, pese a ser todavía treintañeros y gozar de buena salud. Hace casi tres años que no hacemos el amor.

Unos meses después de nacer nuestro hijo, le propuse a mi mujer que volviéramos a hacer el amor, pero dijo que no, cansada tras su dura jornada. Es normal. En esa época el bebé cogía muchos catarros y lloraba por la noche. Además, nuestra hija solo tenía tres años.

A decir verdad, durante el segundo embarazo de mi mujer empecé a frecuentar los salones rosas,[3] lo que no había ocurrido en el primero. Mi mujer pareció muy afectada cuando se enteró.

De todas formas, al cabo de un tiempo por fin empezamos de nuevo a hacer el amor. Yo estaba muy contento, pero aquello no duró

mucho. Esta vez fue por mi causa. Mi trabajo resultaba cada vez más exigente y volvía tarde a casa. Me dormía nada más acostarme, completamente agotado. Empezamos a dormir en habitaciones separadas para que yo pudiese descansar. En cuanto a Atsuko, se había vuelto más madre que esposa.

No obstante, soy un hombre normal. La necesidad sigue ahí y he vuelto a frecuentar los *füzoku-ten*, tales como los salones rosas y las cabinas de vídeo.[4] Simple, cómodo y rápido. No paso más de media hora en esos sitios, y siempre después del trabajo. No busco aventuras ni tengo conversaciones íntimas con las chicas que me atienden. Para ellas solo soy un cliente, y elijo únicamente los sitios en los que está terminantemente prohibido tocar a las empleadas.

Pero, sinceramente, estoy harto de estos «servicios» sexuales en los *füzoku-ten*, que me provocan cada vez más una sensación de vacío. A menudo me pregunto si sería posible que reaviváramos nuestra vida sexual, como al principio de nuestro matrimonio. No obstante, estamos tan acostumbrados a nuestra vida actual, sobre todo a dormir en habitaciones separadas, que temo abordar el asunto con mi mujer.

El tiempo vuela. No puedo creer que hayan pasado ocho años desde nuestra boda. Atsuko acaba de cumplir treinta y cuatro y yo pronto cumpliré treinta y seis. Todavía somos muy jóvenes para no hacer el amor. No me imaginaba algo semejante.

Me despierto poco antes de las ocho y media. Tardo unos instantes en recordar que estoy solo en casa. He dormido bastante y me siento descansado, lo que es muy infrecuente. Bostezo, con la sensación de estar soltero.

Hace buen tiempo. En el campo, Atsuko estará trabajando en el jardín mientras los niños se divierten con sus amigos del pueblo. Yo me reuniré con ellos mañana por la mañana. Hoy es viernes. Las palabras de Goró resuenan en mi cabeza: «¡Hay que aprovecharlo!». Esta noche iré a uno de mis salones rosas habituales.

Leo el último número de nuestra revista mientras desayuno. Hojeo las páginas de las que soy responsable. Se trata de artículos sobre el zoo de Higashiyama. Yo tracé el plan general y el fotógrafo y el periodista *freelance* lo llevaron a cabo. El resultado es satisfactorio. Les enseñaré las fotos a mis hijos.

Cuando llego al trabajo, la joven recepcionista de nuestro departamento me informa de que el presidente del *sakaya* Kida espera mi llamada. Igual que mi mujer, parece impresionada por el nombre de esta empresa. No me esperaba que Goró apareciese tan pronto. Sentado en mi despacho, marco el número. Al otro lado del teléfono escucho la voz de una chica joven que me pasa con su jefe.

—¿Estás libre esta noche? —me pregunta Goró sin más preámbulos.

—En realidad, no. Terminaré de trabajar hacia las nueve —respondo algo confuso.

—¡Perfecto! Te invito a mi bar favorito.

«¿Beber en un bar?». Me siento tentado por la invitación, pero me lo pienso. No quiero despertarme mañana por la mañana con dolor de cabeza. Atsuko me reñirá si llego con la cara pálida. El salón rosa me parecía más indicado que el alcohol para esta noche. Después de todo, lo necesito.

—Es el bar X. Probablemente lo conoces —añade Goró.

«¿El bar X.?». Ese nombre vuelve a tentarme. Es un bar de primera categoría, famoso por sus excelentes chicas de alterne. Además no queda lejos de mi oficina. Me gustaría ir, pero es demasiado caro para un empleado como yo.

—Ese bar admite solamente a sus socios e invitados —añade Goró —. Tienes que mencionar mi nombre a la entrada.

Me sigue preocupando la reacción de mi mujer, pero mi deseo de ir al bar X. aumenta. Vuelvo a cavilar: «No pasará nada si vuelvo a casa

antes de medianoche».

—Es muy amable de tu parte. Estaré allí sobre las nueve y media —le respondo a Goró.

Me pongo a trabajar. Tengo delante un montón de papeles que dejé ayer para ordenarlos. Hoy hay que corregir las pruebas de un artículo sobre la historia del castillo de Okazaki. Al contemplar las fotos, imagino que a mis hijos les gustaría visitarlo.

Pienso en la invitación de Goró al bar X., tan repentina como nuestro encuentro de ayer. Ahora me siento incómodo: «No tenemos nada en común. ¿De qué vamos a hablar?».

Goró Kida no es alguien a quien yo deseaba especialmente volver a ver. Si no fuera el organizador de las reuniones de antiguos alumnos, no me acordaría de su nombre. No tengo malos recuerdos de él, simplemente no teníamos mucha relación y no creo que trabe amistad con él de repente.

Solo estuve los dos últimos años en la escuela primaria T. Era un pequeño colegio donde todo el mundo se conocía desde el principio. Como me sentía todo el tiempo un *yosomono*, no siento ninguna nostalgia de aquella época.

Salvo por Mitsuko.

Mitsuko llegó el último año. Tan diferente del resto, me intrigaba enormemente. Me parecía solitaria, y había algo en ella que rechazaba cualquier acercamiento. Vuelvo a ver su mirada melancólica y una sensación agridulce me invade el corazón.

No la he vuelto a ver desde el colegio. «¿Qué hará ahora?». Si mal no recuerdo, soñaba con ser veterinaria o zoóloga. Puede que Goró tenga noticias de Mitsuko si ella asiste a esas reuniones o si ha mantenido el contacto con antiguos compañeros del colegio T.

De pronto estoy impaciente por ir al bar X. Sin darme cuenta, mi deseo de ir al salón rosa ha desaparecido.

Llego al bar X. a las nueve y veinte.

En la entrada me recibe un hombre con una pajarita negra que me pregunta mi nombre. Le respondo que soy un invitado del señor Goró Kida. Sin cambiar de expresión, el hombre me conduce al interior. Nada más entrar me siento intimidado: el mobiliario es suntuoso y los clientes parecen pertenecer al mundo de los negocios o las finanzas.

Sentado en un lujoso sofá acolchado, Goró charla y se ríe con una chica de alterne. Cuando le anuncian mi llegada, se levanta para saludarme.

—¡Mitsuo! ¡Qué placer volver a verte!

Me presenta a la joven sonriente. Un perfume sugerente acaricia mi nariz. Miro su rostro maquillado, el pelo teñido de castaño, el vestido escotado. Goró le pide que me traiga una copa de coñac. Me cuenta orgulloso que este bar compra los licores a su empresa. Al fondo de la sala, un pianista toca discretamente una melodía de *jazz*.

—Siento no haber ido a las reuniones que organizas —le digo mientras bebo mi coñac.

—¡Por favor! —responde Goró con tono comprensivo—. Ahora estamos en la flor de la vida. Todavía no es tiempo de nostalgias.

Tiene razón. Admiro su disponibilidad para organizar cada año esas actividades.

—No es solamente por mi trabajo. En general no me gustan las fiestas, sean del tipo que sean —le explico.

—¡Te entiendo perfectamente! Cada uno tiene sus gustos. Yo soy todo lo contrario, me encanta quedar en grupo.

Goró lleva cinco años organizando los encuentros de antiguos alumnos del colegio T. Recibí su primera tarjeta de invitación en casa de mi abuela paterna, donde vivía cuando iba a ese colegio. En aquella ocasión le di a Goró mi dirección actual en Nagoya. Cada año le reenvío la tarjeta con un círculo en la palabra «ausente», sin pensar siquiera en ello. A pesar de todo sigue invitándome, como si simplemente quisiera saludarme.

—Goró, ¿cuántas personas van cada año?

—Alrededor de cuarenta y cinco —responde orgulloso.

—¿Tantas? —exclamo, sorprendido.

La ciudad de T. está situada a treinta kilómetros al oeste de Nagoya. Es una ciudad dormitorio bastante poblada. En la época en que yo vivía allí, tenía pocos habitantes y el colegio T. era la única escuela primaria. Nuestro curso comprendía dos clases, cada una de

las cuales contaba con treinta alumnos.

—La mayoría son mujeres —prosigue Goró—. Vienen con sus hijos, que, al ser todavía pequeños, se quedan con las niñeras que contrato por mi cuenta.

Sonrío al recordar las palabras de mi mujer: «Es un organizador muy considerado. Las jóvenes mamás le tendrán mucho aprecio».

No ha cambiado. Era un niño sociable y generoso al que nuestros compañeros llamaban «Goró el gentil».

A decir verdad, era un alumno perezoso, aunque estaba igual de capacitado que yo. Mientras que yo sacaba buenas notas, él las tenía regulares. No obstante, en sexto curso le nombramos presidente de la asociación de alumnos. Me sorprende que se haya convertido en un presidente de verdad, aunque le haya venido heredado, sobre todo de una empresa tan activa.

Goró habla de algunas mujeres que asisten regularmente a esas reuniones. En este momento pienso en Mitsuko: «¿Habrá ido ella, aunque sea una vez?». Dudo si preguntarlo.

—Este año he mandado cincuenta y seis invitaciones. El número ha disminuido: tres personas han muerto, una en un accidente de coche y las otras por enfermedad.

—¿Quiénes son?

Me dice los nombres de cada uno. Me acuerdo de ellos, pero no recuerdo sus caras más que muy vagamente. Me cuenta también las profesiones de nuestros compañeros: enfermero, profesor, cocinero, ingeniero, taxista. Como sus hijos todavía son pequeños, las mujeres se quedan en casa. Al escucharle, pienso: «Mitsuko también debe de tener hijos». Finalmente Goró no la menciona.

Animado por el coñac, Goró se vuelve cada vez más locuaz. Habla con orgullo de su gran tienda de licores y de su destilería de *whisky*. Es interesante, pero yo reprimo los bostezos. Ya son las doce menos veinte y tengo que irme. Mañana por la mañana he de ayudar a Atsuko a limpiar el granero.

Apuro mi copa. En ese momento veo a una chica muy atractiva acercarse a la mesa del centro, donde bebe un grupo de hombres. Se sienta entre dos clientes con pinta de eruditos y otra mujer con kimono se une a ellos.

Observo a la chica. Su rostro maquillado se recorta claramente, como si estuviese bajo la luz de los proyectores en un escenario. Tiene el pelo largo y un flequillo que le cubre la frente hasta las cejas. Su melena es de un negro intenso. No tengo ni idea de su edad, pero lo que me impresiona es que crea un ambiente misterioso.

Goró se vuelve en la misma dirección.

—¡Qué guapa! —susurro.

—Sí que lo es.

—¿La conoces?

—Sí. Y tú también.

«¿Qué?».

—¡Estás de broma! —exclamo—. ¿Quién es?

—Es Mitsuko —dice bajando el tono de voz.

Me da un vuelco el corazón.

—¿Mitsuko?

—Sí. Mitsuko Tsuji, una de nuestras compañeras en el colegio T. La que llegó el último año. ¿Te acuerdas?

Me quedo perplejo: «¿Mitsuko es ahora una chica de alterne?». Goró me mira de hito en hito, como si le interesara mi reacción, y yo me quedo callado.

—¿Te acuerdas? —repite.

—Cía… claro que sí —balbuceo atónito—. Fue mi primer amor.

Goró abre los ojos de par en par. Al parecer no se esperaba mi respuesta.

—¿En serio?

—Sí, pero por desgracia no era recíproco.

Se echa a reír.

—¿De verdad es Mitsuko? —le pregunto de nuevo, azorado.

Asiente dos veces con la cabeza, lentamente.

—Me lo ha confirmado el dueño.

No sé qué decir.

—Es muy muy cara —dice, con una sonrisa irónica en los labios.

No respondo. La palabra «cara» me molesta, como si manchara el buen recuerdo que tengo de Mitsuko. Según Goró, trabaja en este bar desde hace dos años, pero solamente los viernes. Su comentario resuena en mi cabeza: «Es muy muy cara».

—¿Ya has hablado con ella?

—No —dice él—. Nunca ha respondido a la invitación para nuestras reuniones. Si me dirigiera a ella, sobre todo aquí, se avergonzaría.

—¿Dónde vive?

—Eso no lo sé. Los datos de las chicas que trabajan aquí son confidenciales.

Siento curiosidad.

—Entonces, cuando la invitas, ¿a dónde le mandas la tarjeta?

—A casa de su padre, que todavía vive en T. Es la dirección que figura en la guía telefónica.

Recuerdo que sus padres estaban divorciados y que en esa época ella vivía con su padre. Todavía desconcertado, vuelvo la cabeza hacia su mesa. Mitsuko mantiene una conversación seria con los hombres y la joven con kimono les escucha asintiendo con la cabeza. El ambiente de este grupo es muy diferente al de las otras mesas.

Instantes después, Mitsuko abandona la mesa y se dirige a la barra. Su vestido azul y ajustado moldea su cuerpo bien proporcionado. No aparenta sus treinta y seis años. Yo le echaría veintisiete o veintiocho a lo sumo, bastantes menos que mi mujer.

—Su *genji-na* es único —dice Goró.

No reacciono. He tardado unos instantes en entender la palabra *genji-na*, que no me resulta familiar.

—Aquí la llaman Azami.

—¡Azami!

Me quedo estupefacto. Yo llamaba así a Mitsuko en mi diario íntimo. «¡Qué coincidencia!». Repito en mi cabeza: «Azami…». Al instante me viene a la mente la nana de mi abuela: «… ¿Con quién sueñas? Ven, ven a mí. Me llamo Azami. Soy la flor que mece la noche».

—Ya sabes que las chicas de alterne no utilizan su verdadero nombre —añade Goró.

Por fin abro la boca:

—¿Qué quieres decir con que «es muy cara»?

—Aquí la consideran una chica especial, adorada por los

intelectuales —precisa él, con los brazos cruzados—. Los clientes se maravillan de sus conocimientos sobre política, literatura e historia. Habla bien inglés y español, e incluso sabe la lengua de signos.

—¡Es impresionante! —exclamo.

—Naturalmente, hay que pagar caro si uno quiere contratar sus servicios.

Goró acentúa la palabra «servicios».

—¿Mitsuko… se prostituye? —le pregunto balbuceante.

Me mira por el rabillo del ojo, con una ligera sonrisa.

—No se conoce su vida fuera del bar, pero ¿quién viene a un lugar como este sin esperar aventuras amorosas? Al fin y al cabo, por muy de altos vuelos que sean, las chicas de alterne son chicas de alterne.

Su tono contiene siempre un matiz burlón. Desmoralizado, me abstengo de hacer más preguntas. Goró me cuenta que los dos hombres que están con Mitsuko son un comentarista de historia y un escritor, ambos bastante conocidos.

Cambia de tema cuando su camarera nos trae otra ronda de coñac y se pone a hablar de sus negocios. Yo le escucho distraído mientras imagino la posibilidad de ver a Mitsuko en privado.

Estoy sobrio a pesar de la cantidad de coñac que he bebido en el bar X.

Es la una de la mañana. Después de una ducha rápida trato de dormirme lo antes posible, pues le prometí a mi mujer que llegaría al pueblo antes de la nueve. No obstante, me vence el insomnio.

Tengo sed. Voy a la cocina y, mientras bebo un vaso de agua fresca, tengo una sensación extraña. Ayer, cuando Goró me llamó por teléfono para invitarme al bar X., no mencionó a Mitsuko y por la noche ni siquiera habló de ella cuando recordó a nuestros antiguos compañeros de colegio. Solo al final me desveló la verdad, cuando yo me fijé en una guapa chica de alterne.

Al salir de la cocina me acuerdo del álbum del colegio T., que aún conservo en un pequeño trastero. Es el álbum que recibían los alumnos en la ceremonia de entrega de diplomas. Estoy impaciente por ver de nuevo a Mitsuko de niña. Mi mente está cada vez más despierta y en vez de volver a la cama, bajo a rebuscar en el trastero. El álbum se encuentra en el fondo de una caja de cartón con mi diario de entonces.

Las fotos se dividen en dos secciones: la clase A y la clase B. Mitsuko y yo estábamos en esta última. Busco rápidamente las páginas de nuestra clase. En primer lugar aparece la gran foto con todos los alumnos, además de nuestro profesor, el señor N., y el director del colegio. Yo estoy en el centro de la tercera fila. Tardo unos segundos en reconocer a Goró.

«¿Dónde está Mitsuko?». Las chicas están agrupadas en la primera y segunda fila. La busco, pero extrañamente no la encuentro. «¿Cómo es posible?». Vuelvo a escrutar atentamente el rostro de cada una, pero nada. Cuento el número de alumnos. Hay veintisiete. «¿Veintisiete?», repito para mis adentros. Si no me falla la memoria, éramos veintiocho.

Todavía con la esperanza de encontrar a Mitsuko, observo las otras fotos. Las del viaje escolar, el viaje de estudios, la acampada, la exposición de fin de curso. No sale en ninguna parte. «¿Siempre faltaba los días en que había sesión de fotos? No puede ser…».

En la última página del álbum figuran el nombre y la dirección de todos los alumnos. Ahí tampoco aparece Mitsuko. Es extraño. Lo más sorprendente es que nunca antes me había fijado en esa anomalía. Ahora entiendo por qué Goró le envía la tarjeta de invitación a la dirección de su padre que viene en la guía telefónica de T.

Miro la penúltima página, donde los alumnos decían lo que querían ser de mayores. Allí tampoco viene nada de Mitsuko. Empiezo a sospechar. «No es una casualidad que esté ausente».

Desconcertado, leo mi frase: «Mi sueño es ser cámara». Sonrío sin querer. Se parece muy poco a mi profesión actual. Por curiosidad leo también la de Goró: «Yo quiero ser *kyóju*». «¡Tiene gracia!», pienso, riéndome. Aunque era perezoso, su ambición era grande: dirigir a los profesores en la universidad.

A Mitsuko le encantaban los animales.

Nuestro colegio tenía conejos y pollos en una cabaña. Nuestra clase estaba encargada de cuidarlos, pero nadie quería hacerlo, salvo Mitsuko. Llegaba por la mañana temprano, limpiaba la cabaña y daba de comer a esos pequeños animales. Una vez le pregunté qué quería ser de mayor y ella me respondió: «Quiero ser veterinaria o zoóloga».

Su actual profesión no tiene nada que ver con lo que soñaba de niña. Es una pena. Nuestro profesor solía repetirnos el siguiente dicho: «No hay trabajos necios, solo hay personas necias». Yo así lo sigo creyendo, pero ¿quién sueña de niña con ser una chica de alterne?

Al cerrar el álbum, deseo vivamente volver a verla algún día. Me gustaría saber qué pasó durante la juventud de esa niña tan brillante.

Me bajo del tren regional que cogí en la estación de M. Ante mí se extienden campos inundados de agua que esperan la siembra del arroz.

Atsuko viene a buscarme en nuestro coche. Tiene el rostro ligeramente bronceado. Nos saludamos cariñosamente. Me dice que los niños se han quedado en casa con su abuela, que llegó ayer por la noche. Mi suegra vive sola en M.

Nada más sentarme en el asiento delantero, mi mujer me pregunta:

—¿Dónde estabas ayer por la noche? Te llamé sobre las diez.

Su tono es tranquilo pero frío.

—Estaba en el bar con Goró. Me invitó en el último momento —le respondo bostezando.

—¿Goró? ¿Te refieres al presidente del *sakaya* Kida?

Vuelvo a bostezar.

—Sí. Es un bar tan caro que no se me ocurriría ir allí sin invitación.

Por fin se le escapa una sonrisa.

—¡Espero que no, cariño!

Me abstengo de hablarle de Mitsuko. La historia de esa antigua compañera de clase seguramente suscitaría su curiosidad, sobre todo su presencia en el bar como chica de alterne y su ausencia del álbum. Pero ¿para qué hablarle de una mujer hermosa y sensual a la que me apetece volver a ver, por la razón que sea?

—¿Y si invitáramos a casa a Goró y a su familia? Nuestros hijos se lo pasarían bien con los suyos —me propone de nuevo Atsuko.

Mi respuesta es la misma que la del otro día:

—Puede ser. Ya veremos.

Me pregunta si he traído la bolsa de nuestro hijo donde este guarda sus animales de plástico.

—¡Por supuesto! —le digo sonriendo.

El coche avanza sobre el camino estrecho que bordea los campos.

Atsuko me habla de nuestros hijos y de su madre, que la ayuda mucho con los niños. Me habla también de su proyecto de cultivar verduras ecológicas, que parece bastante avanzado. Aunque está muy ocupada con sus propios quehaceres, no se olvida de hacerme preguntas sobre mi trabajo.

—Estoy deseando leer tu artículo sobre L., el que va a aconsejar a los lectores. ¿Cuándo podré verlo?

—Pronto, en el próximo número. Fui yo quien tuvo la idea de invitarlo a colaborar en nuestra revista.

—Buena elección, cariño. Es un excelente consejero. Estoy segura de que tendrá mucho éxito con los lectores, sobre todo con las mujeres. ¡Estoy orgullosa de ti!

Atsuko siempre es positiva y aleccionadora, cosa que le agradezco mucho. Añado que también he hecho la foto que ilustrará el artículo.

—¡Así que también eres fotógrafo! ¡Es genial! —exclama entusiasmada—. Espero que salga tu nombre.

Me echo a reír mientras le recuerdo que formo parte de la revista y que una de las características de nuestra profesión es el anonimato, sobre todo en nuestro caso. No se pretende llamar la atención sobre uno mismo.

—¡Pues qué pena, cariño!

—Somos como los tramoyistas del teatro. Y me gusta lo que hago. Si fuera egocéntrico como los escritores, no estaría allí.

—Sí, tienes toda la razón.

La carretera abandona los campos y entramos en el pueblo, metido entre dos montañas. Árboles verdecidos, flores salvajes por todas partes. Por el cielo puro pasa volando un pájaro. El sol de comienzos del verano resplandece.

A mi mujer le gusta el campo y la naturaleza, como a la mayoría de la gente. En cambio yo soy el típico urbanita. No me siento a gusto si paso mucho tiempo en la casa de campo. Además, fue mi mujer quien la heredó. Su familia pasaba allí las vacaciones y yo todavía no consigo sentirme en ella como en mi casa.

Atsuko conduce hábilmente. Animada, tararea una canción, una melodía ligera en tres tiempos. Sin querer marco el compás en mi cabeza. La nana de mi abuela me viene otra vez a la mente: «De nuevo esta noche tu almohada está bañada en lágrimas. ¿Con quién sueñas? Ven, ven a mí…». Echo una ojeada a mi mujer, que mueve la cabeza al ritmo de la melodía. «¿Podré empezar de nuevo a hacer el amor con ella?», pienso distraído.

Al cabo de quince minutos, ya estamos en casa. Al salir del coche, Atsuko me hace una pregunta:

—¿Sabes qué verdura cultivo sobre todo?

—No lo sé. ¿La espinaca, quizá?

—No. He elegido la bardana.

—¿La bardana?

—Sí. No es una verdura fácil de cultivar. Será un desafío para mí, pero la demanda está asegurada. ¿Conoces su flor?

—¿La flor de la bardana? Nunca la he visto.

—Se parece mucho a la del *azami* —me explica Atsuko sonriendo

—. También es bonita, pero más espinosa que el *azami*.
Desconcertado, miro su rostro ligeramente bronceado.

Han transcurrido dos semanas desde aquella noche en el bar X.

Es viernes por la tarde y estoy en la oficina. Mi mujer y los niños ya se han ¡do al campo. Yo me reuniré con ellos mañana después del trabajo. Como estoy libre esta noche, decido invitar a Goró a una copa. Creo que será la última vez que salgamos juntos. Después de todo, no es mi tipo de amigo y no tengo ganas de intimar con su familia.

Le llamo sobre las seis para invitarle a mi *izakaya* favorito y él acepta enseguida: «¿A las nueve y media? ¡Será un placer!».

En el *izakaya*, mi antiguo compañero me parece menos pretencioso que el otro día en el bar X. Hace calor. Sentados en la barra, pedimos dos cervezas.

—El domingo pasado tuvimos la reunión que había organizado también este año —me dice Goró.

—¿Ah, sí? ¿Y fue mucha gente?

—Sí, cuarenta y siete personas. Como de costumbre, la mayoría eran amas de casa. Y esta vez también vino nuestro profesor de sexto, el señor N.

—¿Estuvo el señor N.? Me gustaba. Era un buen profesor.

—Desde luego. Como es natural, preguntó por los antiguos alumnos que no habían ¡do, como tú. Le conté lo que hacías y se alegró.

Mientras como una sardina a la brasa, le pregunto:

—¿Te acuerdas de lo que pusiste en el álbum?

—¿Qué álbum? —dice, mirándome con los ojos muy abiertos.

—El álbum que nos dieron al terminar el curso. En la página titulada «De mayor quiero ser…», tú escribiste «Yo quiero ser *kyóju*».

—¡Ah, eso! —dice Goró con una sonrisa amarga.

—¡Ya entonces eras ambicioso! —le pincho—. No un simple profesor de universidad, sino un *kyóju*.

—Tan joven, era muy ignorante.

Me explica que su tío favorito era *kyóju* y que él era su modelo. En realidad, Goró estudió Comercio y enseguida entró en la empresa de su padre.

—Y tú, Mitsuo, ¿qué pusiste en el álbum?

—«Me gustaría ser cámara» —confieso un poco avergonzado.

—¿Cámara? —dice Goró soltando una carcajada—. ¡Tiene poco que ver con redactor!

Pienso en Mitsuko. Imagino que el señor N. debe de saber por qué no salía en nuestro álbum. Finalmente saco el tema.

—A propósito de Mitsuko…

Goró me mira, curioso.

—¿Sí?

—El otro día me quedé muy sorprendido en el bar X. al verla convertida en chica de alterne. Era una alumna brillante.

—¿Y por qué no? —me replica él con tono seco—. El de chica de alterne también es un oficio. Ella gana dinero y paga sus impuestos como todo el mundo.

—Aun así, es una pena. Ella me decía que soñaba con ser veterinaria o zoóloga.

Goró no responde y bebe su cerveza a pequeños sorbos, pensativo. Hago memoria de aquella época. Que yo sepa, él y Mitsuko no eran amigos.

—Goró, ¿sabes por qué no salía en ninguna parte del álbum?

Me mira asombrado.

—No encontré ni su foto, ni su nombre, ni su dirección —añado.

Goró deja la copa en la barra y come un trozo de pollo frito, mientras yo aguardo su respuesta.

—En la reunión alguien le hizo la misma pregunta al señor N. —dice finalmente—, pero él se limitó a responder de forma evasiva.

Me quedo decepcionado.

—No tienes más que preguntar directamente a Mitsuko —añade Goró con tono seco.

«¿Volver al bar para verla otra vez? Eso me costaría muy caro», pienso, suspirando.

—Por cierto —continúa Goró—, en la última reunión alguien me dijo que Mitsuko también trabaja en un café.

Me vuelvo hacia él.

—¿De camarera?

—Sí. Es el café M. de la calle comercial con soportales donde nos encontramos. Pero nadie parece saber que también trabaja como chica de alterne en un bar de alto copete.

«¿Camarera en un café y chica de alterne en un bar?». No doy crédito a mis oídos.

—Como en nuestro caso, ella trabaja en algo muy distinto a lo que soñaba entonces. Aunque los hombres también sean bestias —dice Goró con una ligera sonrisa en los labios.

Aparto la mirada. La palabra «bestias» no me gusta nada. Trato de entender con qué propósito me invitó Goró al bar X. «¿Fue para burlarse de Mitsuko, una antigua alumna brillante convertida en chica

de alterne?». Me arrepiento de haberle confesado que fue mi primer amor. Esta será sin duda la última vez que quede con él.

Bruscamente, me advierte:

—Si alguna vez vuelves a ver a Mitsuko, no le menciones mi nombre.

Me quedo callado. La imagen sensual de Mitsuko invade mi mente y mi cuerpo se enciende de deseo. Decido ir al salón rosa en cuanto deje a Goró.

Es sábado y trabajo en la oficina, como de costumbre. Después de las cinco me iré al campo para reunirme con mi familia, que está allí desde ayer.

Es casi la una de la tarde y acabo de redactar un texto sobre un templo tailandés situado en la ciudad de Nagoya. Es fascinante mostrar algo único que se encuentra tan cerca de nuestro barrio. Satisfecho de mi texto, estoy pensando en tomarme la pausa del mediodía cuando Atsuko me llama por teléfono: «Cariño, no olvides traer la cámara de fotos». Le prometo llevarla sin falta.

No me he traído *bento* y hoy el comedor está cerrado, pero hay máquinas expendedoras. Decido comprar un bocadillo y un refresco. Al salir de la oficina, de pronto se me ocurre que puedo ir al café M. donde supuestamente trabaja Mitsuko.

Me dirijo a la calle comercial con soportales y en el estanco pregunto a la dependienta si conoce el café M. Para mi sorpresa, descubro que está en el mismo edificio que el *pachinko-ten*, muy cerca del lugar donde me encontré con Goró. Llego en un momento. Este entorno típicamente familiar no concuerda en absoluto con el lujo del bar X. Subo las escaleras.

Es un café amplio y luminoso, rodeado de grandes ventanales. Hay bastantes clientes y el ambiente es muy animado. Varias camareras de uniforme van y vienen entre las mesas. Todas se parecen, con su pelo teñido de castaño. Son jóvenes, tal vez de unos veintipocos años. Busco con la mirada una con el pelo largo y negro. Desgraciadamente no veo a nadie que se parezca a Mitsuko. «Quizá otro día», pienso, frustrado.

Sentado en un rincón, pido un plato de espaguetis y un café. Delante de mí hay un grupo de tres mujeres que comen tarta mientras charlan animadamente de cine. Sigo observando a las camareras.

Mientras me tomo el café, el grupo de mujeres abandona la mesa. Consulto el reloj. Tengo que volver a la oficina.

Cuando cojo la cuenta, una camarera pasa a mi lado, se dirige a la mesa donde estaban las mujeres y se pone a recoger las tazas. Solo la veo de perfil. Mi mirada se queda atrapada en sus cabellos largos y negros recogidos hacia atrás en un moño. «¡Es Mitsuko!».

Con la mirada gacha, no repara en mí.

—Mitsuko —susurro, como hizo Goró cuando me llamó el otro día.

Su mano se detiene y su perfil permanece inmóvil. Vuelvo a susurrar:

—Tsuji-*san*.

Esta vez vuelve la cabeza hacia mí muy lentamente y me escruta con aire desconfiado. Me levanto y me acerco a ella.

—Eres Mitsuko Tsuji, ¿verdad?

Está visiblemente perpleja de que la tutee un desconocido, como me ocurrió a mí con Goró, y me observa con mirada inquisitiva, sin decir una palabra.

—Me llamo Mitsuo Kawano —me presento—. Éramos compañeros en el colegio T., en la clase del señor N.

Mitsuko abre los ojos de par en par. Luego se lleva los dedos a los labios y exclama:

—¡Ah, Mitsuo!

Su rostro se relaja y eso me tranquiliza.

—¿Cómo me has reconocido? —pregunta curiosa, igual que yo hice con Goró.

—Por pura casualidad —miento al recordar la advertencia de este.

—¿De veras? —replica al instante—. Solo teníamos doce años en aquella época. No es fácil reconocer a alguien después de más de veinte años.

—Veinticuatro —preciso.

—Aun así, es sorprendente… —murmura ella, todavía perpleja.

Me fijo en su rostro sin maquillar. Está mucho más guapa que en el bar. Mi mirada se detiene en su nuca blanca, sobre la que caen algunos mechones de pelo negro.

—Ahí está mi jefe —dice mirando a la cocina, de donde sale un hombre—. Lo siento, debo irme.

Coge la bandeja llena de tazas de café y de platos cubiertos de migas de tarta.

—Si te apetece, llámame a este número —le digo al tiempo que le doy mi tarjeta.

Al leerla, me hace la misma pregunta que Goró.

—¿Eres periodista?

—No, soy redactor.

—¡Ah…!

Desliza la tarjeta en el bolsillo de su delantal.

—Mitsuko, no has cambiado.

—¿Qué quieres decir? —dice abriendo los ojos de par en par.

—Tu belleza y tu apariencia misteriosa. Sigues siendo seductora.

Enmudece. La sonrisa ha desaparecido de sus labios.

—Tú fuiste mi primer amor —le confieso.

Ella baja la mirada. Sus pestañas y sus largas cejas son muy negras, igual que sus cabellos. Sus párpados pestañean varias veces, como si

hablara para sus adentros. Una joven camarera viene hacia nosotros y llama a Mitsuko.

—Tsuji-*son* —dice señalando la mesa donde yo estaba—, ¿puedes recoger esa mesa? Hay una pareja que quiere sentarse ahí.

Cuando la camarera se va, Mitsuko me dice en voz baja:

—Redactor, te pega. Más que cámara.

El tren avanza por mitad de la pradera Nóbi.

El sol brilla. A través de la ventana contemplo los campos inundados que se extienden hasta perderse de vista. Es el tiempo de la plantación del arroz. Tocados con el sombrero de paja, los campesinos trasplantan semillas a mano en el barro.

Este paisaje me recuerda una excursión escolar, que formaba parte de un curso de Ciencias. El señor N. llevó a nuestra clase a un arrozal y allí estuvimos plantando con los campesinos, una labor totalmente nueva para mí. Fascinado, me lo pasé muy bien con mis compañeros.

El tren llega a M., donde nació mi mujer. Es una pequeña ciudad cultural. Aquí cambio de tren para ir al pueblo.

El tren regional avanza lentamente entre las montañas. A lo largo de las vías crecen flores salvajes. Entre sus colores variados, destaca el rojo violáceo. Me entran ganas de hacer fotos y en ese momento caigo en la cuenta de que he olvidado traer la cámara. «¡Vaya! Atsuko se llevará un chasco».

Pienso en Mitsuko.

Me sorprenden mis propias palabras: «Tu belleza y tu apariencia misteriosa. Sigues siendo seductora». Las dije espontáneamente, como si salieran de mi inconsciente. Extrañamente no le hice las preguntas habituales, como «¿Dónde vives?», «¿Estás casada?», «¿Tienes hijos?», y ella tampoco me las hizo.

El contraste entre su rostro maquillado y sin maquillar me desconcierta: la frente cubierta o despejada, el pelo cayendo sobre la espalda o recogido en un moño. Igual que su ropa: vestido lujoso o uniforme corriente. Si viéramos fotos de ella con esas dos apariencias totalmente diferentes, no creeríamos que se tratara de la misma persona.

En el café M., su aspecto chocaba con el ambiente de aquel sitio familiar, animado y luminoso. Rememoro su pelo negro y natural, su piel satinada, su aire melancólico… y su nuca que desprendía una sensualidad indescriptible. Esta imagen me recuerda a una dama del *ukiyoe*. En verdad, Mitsuko es misteriosa.

Pienso en su *genji-na* en el bar X., Azami, el mismo nombre que yo le había puesto en mi diario de aquella época. Se sorprendería si se enterara. Era mi invención, mi secreto. Pero ¿cómo es que ella también ha elegido ese apodo? Me gustaría saberlo.

Azami. Esa flor me parece única, con su forma peculiar y su color violeta. No se suele regalar a causa de las espinas puntiagudas que

cubren sus hojas. Una flor bastante inabordable.

No soy un donjuán. Antes de casarme salí con varias chicas sucesivamente, pero no engañé a ninguna. Y cuando decidí casarme con Atsuko, creí naturalmente que le sería fiel. Aunque nos hayamos convertido en una pareja casta, no busco a otra.

Sin embargo, no tengo el corazón en paz desde que volvió a aparecer Mitsuko. Su imagen sensual me viene constantemente a la cabeza. Espero impaciente a que me llame, pero, por otro lado, siento que sería mejor que no lo hiciera.

El tren llega a la estación del pueblo. Ya se ha puesto el sol. Llamo a mi mujer. Al sentarme en un banco de la estación, me doy cuenta de que también he olvidado en casa el último número de la revista *N*. donde salían las fotos del zoo Higashiyama que quería enseñar a los niños.

Atsuko viene a buscarme en nuestro coche, esta vez con nuestra hija. Nuestro hijo se ha quedado en casa con su abuela.

—¡Papá, he trabajado toda la mañana! —dice mi hija orgullosa.

—¿Trabajado? —pregunto intrigado—. ¿Qué has hecho?

—¡Plantar arroz! ¡He plantado semillas mientras cantaba con todo el mundo!

Le acaricio la cabeza, muy contento:

—¡Bravo!

Atsuko me explica que los vecinos la han llevado con sus nietos a su parcela. Entusiasmada, mi hija me cuenta esta nueva experiencia agrícola.

—¿Tus negocios marchan bien? —le pregunto a mi mujer.

—Sí, muy bien, cariño. De hecho, tengo una buena noticia.

—¿Cuál?

—He conseguido hipotecar mi casa a un buen tipo de interés. Lo primero que haré será comprar una camioneta. Es imprescindible, ¿no?

—Desde luego.

Me pregunta si he traído la cámara de fotos. Avergonzado, le pido perdón por mi olvido.

—Es muy raro que olvides una promesa —dice mirándome a los ojos.

Me quedo callado. Aunque esté disgustada, sigue de buen humor y arranca el coche.

Mi hija canta: «Plantemos, plantemos los brotes de arroz… El sol sonríe y nosotros también… Esperemos, esperemos las olas verdes…». Su madre la acompaña. Una pregunta me cruza por la mente: «¿Mitsuko estaba con nosotros cuando fuimos de excursión a plantar

arroz?».

Pasa el tiempo sin que tenga noticias de Mitsuko.

Ya estamos a mediados de julio. Dentro de una semana, los niños empezarán sus vacaciones de verano.

En la tarjeta que le di a Mitsuko figuran dos números de teléfono de la revista *N.*, el de la recepción y el de mi despacho. El número que utilizó Goró fue el primero. Si ella quiere llamarme, elegirá seguramente el segundo.

Intento no pensar más en ella. Si no me llama, es que no tiene ganas de volver a verme y ya está. Desecho igualmente la idea de ir otra vez al café M., porque no debería incomodarla con mi presencia. Ocurre lo mismo con el bar X. De todas formas, es demasiado caro para mí. Aunque Goró me vuelva a invitar, no iré. Ahora que Mitsuko conoce mi cara, se llevaría una sorpresa desagradable si volviese.

«La curiosidad mató al gato». Estoy casado, y he de tener cuidado de no acercarme a una mujer tan hermosa y sensual como Mitsuko.

Todo parece ir bien en casa.

Mi mujer ha dejado su trabajo en el supermercado y va al campo todos los días conduciendo su nueva camioneta. Ilusionada con su nuevo proyecto, trabaja duro con la joven pareja que ha contratado. Los niños se van con ella el fin de semana. Demasiado ocupada en sus asuntos, mi mujer ya no me llama por las noches. En cambio, cuando voy a verlos conversamos mucho.

Los niños están bien. Mi hija se aplica en la escuela y mi hijo se divierte en el parvulario. Como mi mujer sale temprano de casa por la mañana, ahora soy yo quien los lleva en coche a sus respectivas escuelas, situadas a cinco minutos en coche de nuestra casa.

Desayuno con los niños. Sin callar ni un momento, me hablan de los sucesos de la víspera, de sus maestras, de sus compañeros, de la simpática niñera que los cuida en nuestra casa hasta que llega su madre, normalmente alrededor de las seis. Son momentos preciosos para ellos y para mí, porque cuando vuelvo a casa ya están dormidos.

En el trabajo todo marcha bien igualmente.

Voy a la oficina en autobús y en metro. A diferencia de mi mujer, no me gusta demasiado conducir y durante el trayecto me relajo leyendo un periódico o un libro.

Llego a la oficina a las nueve y media. Primero la recepcionista me da una lista de mensajes y luego escucho el contestador de mi teléfono. Aunque intento no pensar más en Mitsuko, hay una parte de mí que sigue aguardando su voz.

Acabo de terminar mis tareas por hoy. Tengo hambre, pero no me apetece volver directamente a casa, donde no hay nadie. Es viernes. Mi mujer y los niños ya están en el campo. El redactor jefe me propone ir al *izakaya* y yo acepto encantado.

En el restaurante, mi jefe charla animadamente. Yo tomo *yaki-toris* y una cerveza. Mientras bebe sake, me habla del consejero L., que es muy apreciado por nuestros lectores. Ahora hay gente que compra nuestra revista solamente para leer su sección. Mi jefe menciona un posible aumento de los incentivos. Me pongo muy contento y bebo más de lo habitual.

Nos despedimos delante del *izakaya*. Son las doce y diez pasadas y decido volver a casa en taxi.

Me meto por la calle comercial con soportales que lleva al bulevar. Hace fresco. Camino lentamente para disipar mi borrachera. En vez de seguir por esta calle, giro a la izquierda y continúo hasta la zona llamada «Calle de la noche». Allí hay todo tipo de *füzoku-ten*, sobre todo hoteles del amor,[5] salones rosas y bares de *striptease*.

Los neones multicolores parpadean. Hombres borrachos que se tambalean, parejas que entran en las casas de citas, mujeres repintadas que fuman y charlan con potenciales clientes. Hay algunos videntes sentados a un lado de la calle con una mesa cubierta de una tela blanca. El salón rosa al que suelo ir se encuentra a treinta metros de aquí, en un callejón poco visible. De pronto, me entran ganas de ir.

Me adelanta un hombre con paso apresurado. Olfateo el olor a alcohol. El hombre lleva una camisa marrón y un pantalón negro. Delante de él va una mujer, fumando. Lleva un vestido blanco ceñido y sandalias de tacón. La mujer tira el cigarrillo al suelo y lo aplasta con la punta de la sandalia. «¿Una prostituta?», pienso.

En un visto y no visto, el hombre empuja brutalmente a la mujer, que se trastabilla y cae al suelo, y acto seguido le arranca el bolso. Rápidamente me echo a correr tras él gritando: «¡Al ladrón! ¡Atrápenlo!». Algunos hombres me siguen. Sorprendido, el ladrón tira el bolso al suelo y se mete por una callejuela.

«¡Magnífico!». Un viejo borracho me felicita y aplaude. Cojo el bolso y vuelvo la cabeza hacia la mujer, que se está levantando, ayudada por una pareja de transeúntes. Me acerco a ella con su bolso en la mano.

Tal y como me esperaba, no tiene un aspecto corriente: la cara maquillada y los labios muy rojos. Un tupido flequillo le cubre la

frente hasta las cejas, como si quisiera ocultar su identidad. La mujer me mira con la boca abierta. «¡Pero… si es Mitsuko!». No doy crédito a mis ojos. Ella parece haberme reconocido y coge el bolso, muy avergonzada.

—Gracias —dice en tono seco.

Me fijo en su espeso maquillaje.

—¿Qué haces en un sitio como este?

—¿Y tú qué haces aquí? ¿No te espera nadie en casa? —replica.

—¿Buscas un cliente? —le replico a mi vez.

Mitsuko me atraviesa con la mirada.

—Trabajo en un bar.

—¿Ah, sí? —respondo haciéndome el tonto.

Se sacude el polvo del vestido.

—Esperaba tu llamada —le digo.

Ella desvía la mirada.

—Lo que hagas ahora no me concierne —continúo—. Simplemente quería volver a verte, como la compañera a la que quise mucho.

Nos quedamos callados. Ella parece reflexionar y a continuación saca del bolso un trozo de papel en el que veo un número de teléfono.

—Si te apetece, llámame sobre las nueve de la noche, excepto los viernes.

Esta invitación repentina me sorprende. La miro a los ojos.

—¿Es el número de tu casa?

Asiente con la cabeza y añade su dirección. Sorprendentemente no queda lejos de mi oficina. Cojo el papel y me lo guardo en un bolsillo de mi chaqueta.

—Debo darte nuevamente las gracias —me dice—. Este bolso contiene más de doscientos mil yenes.

«¿Una cantidad semejante en metálico?», pienso, sorprendido.

—Mitsuo, sigues siendo el niño valeroso que conocí hace veinticuatro años —dice ella, esbozando una sonrisa.

Me quedo callado.

—Gracias otra vez. Adiós —murmura.

Mitsuko se va sin esperar mi respuesta y yo sigo su silueta con la mirada. Su larga melena negra ondea al ritmo de su paso presuroso. Rápidamente desaparece por un callejón a la izquierda que lleva al bulevar. «Pero tú no eres la misma niña que yo conocí».

Reflexiono en mi cama, todavía agitado por el incidente de esta noche. Son casi las dos de la mañana.

Miro los datos de contacto de Mitsuko. Hasta que me la encontré casualmente por la calle, estaba casi resignado a no volver a verla. Y de pronto obtengo de ella su dirección y su teléfono. Estoy desorientado: «¿De veras quiero volver a verla?». Probablemente necesitaría un poco de tiempo antes de decidirme.

El rostro infantil de Mitsuko me viene de nuevo a la memoria y pienso en el día en el que llegó al colegio T.

Estábamos en sexto, el último año de primaria. Fue a mediados de abril, dos semanas después de empezar el curso. En el patio, se abrían las flores de los cerezos. El señor N. entró en nuestra clase con una niña a la que no habíamos visto nunca y nos la presentó.

—Esta es una nueva alumna. Se llama Mitsuko Tsuji.

Todos nos quedamos sorprendidos, porque no habíamos sido informados. Además, los cambios de colegio solían hacerse justo al empezar el curso, como el mío el año anterior.

Mitsuko estaba de pie delante de la pizarra, sin moverse. Echó una mirada a la clase. Ni una sonrisa. Yo observaba su aspecto, intrigado. La piel muy blanca, las facciones regulares, el pelo largo y trenzado, bien dividido por la raya en medio, y la frente despejada. Llevaba puesta una camisa blanca y una falda azul oscuro. Nada especial, pero su mirada melancólica atrajo poderosamente mi atención.

Nuestro maestro escribió su nombre en la pizarra y explicó:

—El *kanji* «mitsu» de Mitsuko significa «plenitud». Su forma es un poco complicada, pero ya conocéis este *kanji*, ¿verdad?

Alguien le respondió espontáneamente:

—¡Sí, señor! Lo aprendimos en cuarto. Su *on 'yomi* es «man», el mismo que el de nuestro compañero Mitsuo.

Era la voz de Goró, sentado cerca del estrado.

—Muy bien, Goró —le felicitó el señor N.

—¡«Mitsuo» y «Mitsuko», como dos gemelos! —exclamó una niña.

Todos se echaron a reír y yo me azoré, pero Mitsuko permaneció impasible.

—Mitsuko ha venido de Nagoya y se quedará con nosotros hasta fin de curso. Espero que os hagáis amigos.

«¿Nagoya? ¡Es mi ciudad natal!», pensé, contento de no ser el

único *yosomono* en la clase. Estaba impaciente por hablar con ella.

El señor N. había terminado de presentar a Mitsuko y esperábamos que la nueva alumna dijera algo, pero ella siguió callada. Yo estaba un poco decepcionado. Al contrario que ella, yo me había presentado y mis nuevos compañeros me habían hecho preguntas, por ejemplo sobre mi pasatiempo favorito.

Sentía curiosidad: «¿Dónde la sentarán?». Había dos sitios vacíos en la última fila, donde yo estaba: uno cerca de la entrada y otro a mi lado, delante de la ventana. El corazón me palpitaba: «Ojalá se siente a mi lado». Al poco rato, el bedel trajo una mesa y una silla. Cuando el señor N. le pidió que las dejara delante de la ventana, me estremecí de júbilo.

Mitsuko se sentó en su sitio. Yo quería saludarla con un «Bienvenida» o «Encantado», pero ella me ignoraba, con la mirada fija en la pizarra. «Es guapa pero inabordable», pensé. Fue entonces cuando me vino a la mente la imagen de la flor del *azami*.

Mitsuko y Mitsuo. Reflexiono sobre estos nombres tan parecidos.

Mi padre eligió mi nombre. Optó por los dos ideogramas que significan «el hombre satisfecho». Evidentemente esperaba que su hijo llevara una vida feliz. Cuando yo estaba en primero, me enseñó los dos *kanji* y me explicó el sentido de cada uno. El *kanji* de «mitsu» me parecía complicado, pero aquello me fascinaba. «La vida perfecta no existe en ninguna parte. Confórmate con lo que tienes. En primer lugar, con el nombre que te dieron al nacer», solía repetirme mi padre. Tenía razón. Guiado por su consejo, me he convertido en un hombre satisfecho, o al menos en uno que no se queja.

En cuanto al nombre de Mitsuko, dado que el *kanji* «ko» significa «el niño», podría interpretarse como «el niño satisfecho».

Bostezo, y al fin me duermo. Son casi las tres. «¿Mitsuko estará contenta con su nombre?», pienso mientras me arropo con la manta.

Los niños comienzan sus vacaciones de verano. Mi mujer se los lleva al campo y vuelve con ellos a la ciudad dos veces por semana. Mis días parecen ahora los de un soltero. Después del trabajo, salgo a beber con mis compañeros con más frecuencia que antes.

Goró me llama de vez en cuando a la oficina. Sus llamadas siempre pasan por nuestra recepcionista. En cuanto lo cojo, pregunta: «¿Estás libre esta noche?». Declino su invitación con el pretexto de que estoy muy ocupado.

Y un día me ocurre algo inesperado que guarda relación con él.

En primer lugar, me llama el director del departamento de ventas. Yo acudo sin saber de qué se trata y él va directo al grano.

—Me han dicho que conoces al presidente del *sakaya* Kida. ¿Es eso cierto?

—Sí, pero solo es un conocido.

—No obstante, te llama por teléfono bastante a menudo, según la recepcionista.

Le cuento que Goró Kida era uno de mis compañeros en la escuela primaria y que me llama por una reunión que organiza para ese colegio.

—¿De veras?

El director me explica que nuestra revista necesita más anunciantes y que hemos tanteado al *sakaya* Kida, pero sin éxito. Yo lo escucho en silencio.

—Pues bien, ¿podrías intentar convencer al señor Kida la próxima vez que lo veas? —me dice con una sonrisa.

—Claro, lo haré sin falta —le respondo sin darle más importancia.

Ese mismo día me llama Goró cuando estoy a punto de salir de la oficina. Esta vez recibo su llamada directamente, porque no está la recepcionista.

—Mitsuo, ¿estás libre esta noche?

No tengo nada planeado, pero dudo si aceptar su invitación.

—Oye, nuestra compañía piensa anunciarse en vuestra revista —continúa—, pero me gustaría conocerla mejor mientras charlo contigo.

Me quedo sorprendido.

—Estoy cerca de vuestra oficina —añade—. ¿Nos vemos en algún sitio?

Finalmente accedo al recordar mi promesa al director del departamento de ventas. Le propongo que quedemos en el *izaka-ya*

donde le invité la otra vez.

Goró llega al restaurante con una camiseta y unos vaqueros gastados.

Nos sentamos en la barra. Delante de nosotros, el cocinero prepara las comandas con destreza. Goró le observa con aire distraído. No le digo que he visto a Mitsuko en el café y en la calle.

Abordo el tema de nuestra revista. Con aire igualmente distraído, mi antiguo compañero bebe sake sin parar y no parece interesado en lo que le cuento. Al cabo de media hora ya está bastante borracho, mientras que yo solo he tomado una copa de cerveza.

—¿Tienes una amante? —me pregunta de repente.

Por poco tiro la copa.

—¡Vaya pregunta de sopetón!

—Esto quedará entre nosotros. Con franqueza, ¿tienes una o varias?

—Por desgracia, mi respuesta es «no». Nunca he engañado a mi mujer.

Goró parece sorprendido.

—¿De veras? Entonces eres un hombre felizmente casado. ¡Enhorabuena!

Me echo a reír.

—Francamente, estoy tan ocupado que no tengo tiempo para otra mujer.

Él permanece serio y vacía su copa de un trago.

—Y tú, Goró, ¿tienes una?

No responde de inmediato y hace ademán de reflexionar.

—¿Cuántas tienes? —le digo en broma—. ¿Tan difícil es contarlas?

—Hablando en serio, tengo tres —dice.

—¡Tres amantes! ¡Cómo te lo montas! Para mí ya sería un sueño tener una.

—¿Por qué, Mitsuo? El matrimonio no lo es todo. Y, y…

Le cuesta articular a causa de la borrachera.

—¿Tienes problemas sexuales con tu mujer? —murmuro.

—¡Qué va! Estamos bien y yo no descuido mi vida conyugal.

No somos una pareja sin sexo.

Me quedo callado.

—Me casé con ella mediante un *mia'i* —continúa—. Es una mujer buena y atenta, además de una buena madre. No me quejo, pero necesito variar.

—¿Ella sabe lo de tus amantes?

—Puede que sí, puede que no. Pero ¿qué sacaría con saberlo? Si yo solo tuviese una amante, sería preocupante para ella, pero no es el

caso. Mis amantes solo son aventuras. No tengo ninguna intención de divorciarme de mi mujer.

Siento curiosidad.

—¿Y tus amantes a qué se dedican?

—Una es actriz, otra chica de alterne y otra camarera. Las ayudo cuando tienen problemas de dinero.

Pienso en Mitsuko, que es camarera y chica de alterne. Sus dos apariencias, sobria y provocativa, me vienen de nuevo a la mente. También podría ser actriz.

—¿Por qué tantas amantes? ¿Con una no te basta? —le suelto a Goró con tono irónico.

—Así es. Amo a las mujeres, amo tocar su dulce piel, amo a todas las mujeres con las que me acuesto. Hay hombres que van a las cabinas de vídeo o a los salones rosas solamente por aliviarse. ¡Es penoso!

Esas palabras me deprimen y enmudezco. Hace mucho que no toco el cuerpo de mi mujer.

—¡Admiro tu vitalidad, Goró! —le felicito—. Aunque eres el presidente de una empresa próspera, te da tiempo a quedar con todas esas mujeres.

Goró esboza una media sonrisa y sigue bebiendo.

Nos despedimos una hora y media después. Al final apenas hemos hablado de lo importante: una posible publicidad del *sakaya* Kida en la revista *N*. Pero la historia de sus amantes ha reavivado mi deseo de ver de nuevo a Mitsuko.

«Llámame por la noche, excepto los viernes», me dijo Mitsuko cuando me dio su teléfono. Esa invitación inesperada me descolocó y dudé en llamarla durante tres semanas. Pero tras mi última salida con Goró, decido al fin quedar con ella.

Estamos a miércoles. Mi mujer y los niños se fueron ayer al campo y no volverán hasta pasado mañana. Pienso llamar a Mitsuko hoy en cuanto termine de trabajar.

Salgo de la oficina a las nueve y cuarto y camino por la ciudad nocturna. Según el plano del barrio, la casa de Mitsuko queda solo a quince minutos a pie de mi oficina. Es cómodo, pero debo tener cuidado de que no me vean mis compañeros de trabajo.

Al llegar a la dirección indicada, voy a parar delante de un edificio de dos plantas. La planta baja está ocupada por una ferretería. Las persianas están echadas y no hay telefonillo, pero veo luz en el piso de arriba. Mitsuko debe de vivir allí. Busco una cabina telefónica y marco su número. Al otro lado del teléfono, escucho su voz titubeante:

—¿Sí?

—Soy Mitsuo. Estoy muy cerca de tu casa. ¿Puedo verte unos minutos?

Se queda callada y yo temo que sea demasiado tarde.

—Sube la escalera que da al callejón de la derecha —dice por fin.

El corazón me palpita con fuerza.

—Dejaré la puerta entreabierta. Entra sin hacer ruido, porque mi hijo acaba de dormirse —añade antes de colgar.

Me quedo sorprendido: «¿Mitsuko tiene un hijo?». Permanezco parado unos segundos, un poco confuso. Así que es madre. En realidad no tiene nada de sorprendente, pero no me lo esperaba. Vuelvo lentamente sobre mis pasos.

Veo la escalera metálica, oculta tras un gran caqui. Subo y empujo la puerta con mucho cuidado. Oigo el ruido del aire acondicionado. Un gato viene hacia mí maullando. Me fijo en un par de pequeñas sandalias azules de niño, del mismo número que las de mi hijo.

Mitsuko me recibe en el vestíbulo. Lleva puesta una túnica beis con un amplio escote, el rostro sin maquillar, el pelo recogido en un moño y la frente despejada. Sencilla, como en el café M. Nos quedamos mirando unos segundos sin decir una palabra.

—Siento molestarte tan tarde.

Mitsuko me da unas zapatillas.

—Póntelas.

Mientras la sigo, me fijo en unos mechones de pelo negro que caen sobre su nuca blanca. El contraste entre los dos colores me recuerda una vez más a una dama del *ukiyoe*. Percibo un aroma a jabón. Mitsuko entra en la cocina, seguida tranquilamente por su gato-

—Aquí no nos oirá mi hijo —susurra mientras cierra la puerta.

—Si hubiera sabido que tenías un hijo, le habría comprado un regalo.

Esboza una sonrisa.

—¿Cuántos años tiene?

—Cuatro.

Me invita a sentarme en la silla que está pegada a la pared y a continuación me sirve un té frío de cebada. Miro a mi alrededor. Una mesa, dos sillas, una cocina de gas, utensilios de cocina colgados en la pared encima del fregadero. El teléfono está colocado en una pequeña repisa a la izquierda de la puerta. Todo me parece sencillo y corriente.

—Este piso es insoportable sin aire acondicionado —dice lanzando una mirada a la ventana con las cortinas blancas echadas.

Bebo el té a pequeños sorbos.

—¿Sigues trabajando en el bar y en el café?

—Sí, en el café de lunes a viernes, de ocho a dos, y en el bar solamente el viernes por la noche, de ocho a doce. El bar se llama X.

No quiero decirle que ya estuve una vez en ese bar con Goró.

—Así que descansas los sábados y domingos —comento sin más.

—En principio, sí. Cuando tú me viste en el café M. era sábado, pero ese día estaba sustituyendo a una compañera que se había puesto enferma.

—Me sorprende que trabajes en esos sitios —murmuro.

Mitsuko abre los ojos de par en par.

—¿Qué quieres decir con «esos sitios»? —me dice con tono agresivo.

—Perdona si te he ofendido —me excuso al instante—. Eras una alumna tan brillante que me cuesta creer…

—Camarera o chica de alterne son profesiones como la de redactor —me interrumpe—. Yo pago mis impuestos como todo el mundo. Además, probablemente son oficios más útiles que el tuyo.

Me quedo callado.

—Oye, Mitsuo —continúa—, te di mi teléfono porque quería darte de nuevo las gracias. El dinero que recuperaste era muy importante para mí. Pero si has venido aquí a darme lecciones de moral, te ruego que te vayas ahora mismo.

Al verla tan seria, se me escapa una sonrisa.

—¿De qué te ríes? —dice clavándome su mirada.

—Me alegra ver que después de todo no has cambiado tanto.

—¡Tú tampoco!

Sonreímos por primera vez. Cuando me acabo el té, ella se levanta.

—Ven conmigo a mi despacho. Tengo un regalo para ti.

«¿Su despacho?». La sigo intrigado, y el gato hace lo propio.

Primero pasamos por el salón, donde hay una mesa baja y redonda, dos *zabuton*, una caja de juegos y un gran acuario con peces tropicales de colores. Eso es todo, tan simple como la cocina. Hay dos habitaciones que dan al salón.

—Mi hijo duerme ahí —me susurra Mistuko señalando con la mirada la de la izquierda.

Abre la puerta de la derecha. Imagino que su «despacho» estará tan despojado como el salón y la cocina. Cuando enciende la luz, me llevo una sorpresa: todas las paredes se hallan cubiertas de libros. Me quedo con la boca abierta y ella me invita a pasar.

—Entra. No me gusta que mi hijo se despierte.

—¿Todos… todos estos libros son tuyos? —balbuceo.

Asiente con la cabeza mientras cierra la puerta.

Observo los títulos de los libros. Hay novelas, una enciclopedia en varios volúmenes, libros científicos, diccionarios de japonés, inglés, chino, español… El gato se pasea por las estanterías.

La habitación no tiene tatamis. En el centro hay una alfombra y al fondo, un pequeño escritorio y una silla. Enfrente de la puerta hay una ventana estrecha tapada por una cortina blanca. Mitsuko abre un cajón de su escritorio, saca un objeto envuelto en papel rosáceo y me lo da.

—¡Es mi regalo para ti!

—Es un poco embarazoso. No hacía falta.

—Me sentiría mal si no lo aceptaras —insiste—. Si el ladrón hubiera huido con el bolso, me habría visto en un aprieto este mes. De veras.

Recalca las dos últimas palabras.

—En ese caso lo acepto. Gracias —digo sonriendo.

Contemplo el bonito papel de regalo.

—¿Qué hay dentro?

—Ábrelo en casa, por favor.

Me meto el regalo en un bolsillo del pantalón. Mitsuko me mira en silencio. Consulto la hora. Ya son las diez y media.

—Tengo que irme.

Baja la cabeza y veo su nuca blanca y algunos mechones de pelo que le caen por ella. La redondez de sus senos resalta bajo la túnica. La agarro de los brazos. El olor a jabón. De pronto mi cuerpo se

estremece. Ardo de deseo. Mitsuko eleva la mirada hacia mí y antes de que diga nada, cubro sus labios con los míos.

Han pasado cinco días desde mi visita a la casa de Mitsuko.

No hemos fijado una fecha para una nueva cita. Ella me repitió que podía verla después de las nueve y media de la noche, salvo los viernes y los fines de semana. Yo le dije que mis horarios eran irregulares y que la llamaría antes de ir a su casa.

Hoy es lunes. Mi mujer y los niños se han ido otra vez al campo por la mañana y a mí me gustaría ver de nuevo a Mitsuko esta noche.

En la oficina, trabajo con más intensidad de lo habitual y consigo terminar mis tareas antes de las nueve y media. Rápidamente me dirijo al apartamento de Mitsuko. La llamo desde la cabina telefónica y oigo que me dice: «Entra sin llamar, como el otro día».

En la entrada, me recibe primero el gato.

Mitsuko lleva de nuevo una túnica de algodón muy escotada. Siento el mismo olor a jabón. Me sonríe, con una sonrisa tierna y encantadora. La tomo entre mis brazos y ella me susurra: «Mi hijo duerme». Me hace seña de que me calle y me invita a su «despacho». El gato nos sigue hasta allí.

En cuanto cierra la puerta, la beso en el rostro y en la nuca. Toco su cuerpo bajo la túnica. No lleva nada debajo. Acaricio como un loco sus nalgas, su espalda, sus senos, y ella me guía con la mano hacia las partes sensibles. De pie, me deja entrar en ella. Al penetrarla, lloro al sentir algo tan delicioso. Ella intenta sofocar sus gemidos. En un momento dado me invade una inquietud. Mitsuko me coge el rostro entre sus manos y me susurra: «No te preocupes, Mitsuo. Me quitaron los ovarios». Me tumbo en la alfombra y seguimos haciendo el amor.

Cuando se calma la tormenta, nos quedamos tendidos boca arriba. Ella respira profundamente con los ojos cerrados, mientras acaricio suavemente sus piernas.

—Gracias otra vez por la pluma estilográfica. Me gusta mucho.

Vuelve la cabeza hacia mí.

—¿Te gusta? ¡Me alegro!

—He decidido escribir un diario con ella.

—¿De veras?

Asiento con la cabeza y ella parece emocionada.

—¿Es tu primer diario?

—No, llevé uno de los once a los veintitrés años.

—¡Durante más de diez años! —exclama—. ¿Qué escribías cada día?

—Cualquier cosa. En sexto, por ejemplo, escribía mucho sobre ti.

—¿Sobre mí?

Mi respuesta parece pillarla desprevenida. Le confieso que había inventado un apodo para ella y que así podía escribir tranquilamente.

—¿Un apodo para mí? ¿Y qué nombre inventaste?

—Azami.

—¿Azami?

—Sí. Me parecía que te cuadraba perfectamente.

Se queda con la boca abierta. Cojo la chaqueta, saco del bolsillo un cuadernito muy viejo y se lo doy.

—Es mi diario de entonces. Mira la página del 15 de abril.

Se incorpora lentamente. Con la mirada gacha, observa la tapa en la que figuran mi nombre y edad: «Mitsuo Kawano. 11 años». Luego va a la página en cuestión y lee en voz alta:

—«Hoy ha venido a clase una nueva alumna. Muy guapa. Es originaria de Nagoya, igual que yo. Se ha sentado a mi lado. Uno de la otra clase me ha dicho que sus padres están divorciados y que vivía en Nagoya con su madre. Pero este año ha venido a T. para vivir con su padre. Espero que nos hagamos buenos amigos. En este diario la llamaré Azami».

Se vuelve hacia mí, con los ojos húmedos.

—Salías mucho en este cuaderno —le digo sonriendo—. Quédatelo si quieres.

—Algo tan valioso… Gracias —murmura.

El gato maúlla y se estira encima del escritorio.

—¿Y tu gato cómo se llama?

—Sócrates.

Por poco me echo a reír. Resulta cómico que su hijo de cuatro años pronuncie el nombre de un filósofo griego cuando llama a su gato.

—¿Y tu hijo?

—Taró.

—¿Taró? ¡Qué bonito!

Me gusta ese nombre, lo mismo que Hanako para una niña. Es una lástima que hoy en día apenas se pongan esos nombres tradicionales. Me gustaría saber también el apellido de su hijo, pero me abstengo de preguntarlo. En vez de eso, pregunto:

—¿Te gusta tu nombre, Mitsuko?

—No demasiado—responde sin mirarme.

Dos días después, de nuevo consigo terminar pronto mis tareas para pasar por casa de Mitsuko y la llamo otra vez con poca antelación.

Estamos tumbados sobre la alfombra.

—Mitsuko, ¿te acuerdas de Goró Kida?

—¿Goró? ¿Te refieres a un alumno del colegio de T.?

Su tono es poco efusivo.

—Sí. Ahora es el presidente del *sakaya* Kida, una empresa muy pujante. Su destilería de *whisky* parece tener éxito. ¿Lo sabías?

—Sí, pero no es más que un heredero —responde secamente.

—Eso no quita que esa empresa haya prosperado mucho bajo su dirección. Nuestra revista intenta convencerle para que se anuncie con nosotros.

—No es él quien la ha hecho prosperar —replica Mitsuko, de nuevo con tono seco.

—¿Entonces quién?

—Su media hermana. Es brillante y trabajadora. Goró es un inútil comparado con ella.

—¿Su media hermana? ¿Cómo lo sabes?

—El gerente del bar X. conocía bien a su padre, que murió hace cinco años. De hecho, Goró es uno de nuestros clientes.

Aún no me atrevo a confesarle que estuve una vez en ese bar con Goró. Según ella, el anterior presidente quería que su hija le sucediera porque su hijo no tenía madera de presidente, a pesar de sus pretensiones.

—¿Sabes que Goró soñaba con ser *kyóju*? —le interrumpo.

—*¿Kyóju?* ¡Tiene gracia! Con lo vago que es no podría ser ni un simple profesor. Pero ¿tú cómo sabes eso?

—El otro día miré nuestro álbum de aquella época. Cada uno había puesto lo que quería ser de mayor.

Se queda callada. En este momento me gustaría saber por qué ni su nombre, ni sus fotos, ni sus datos figuran en ese álbum.

—No me gustaba nada Goró —dice torciendo el gesto.

—¿No? ¿Por qué? Era un niño amable y generoso. Nuestros compañeros le llamaba «Goró el Gentil». Que yo recuerde, no era tan malo.

Mitsuko suelta una carcajada.

—¿Amable, gentil, generoso? Esa no era mi impresión. Quería gustarle a todo el mundo, eso es todo.

Me acuerdo de las palabras de Goró: «Tengo tres amantes a las que ayudo económicamente».

—En el bar, Goró intenta seducir a las chicas —continúa Mitsuko —. Se comporta conmigo como si tuviese un poder superior, pero yo lo ignoro completamente. Probablemente sabe quién soy.

No sé qué decir. Ella tiene ganas de hablar esta noche.

—Mitsuo, una vez me protegiste de Goró.

—¿Que yo te protegí de él?

No tengo ningún recuerdo de un incidente semejante, pero ella me lo cuenta.

Ocurrió unas semanas después de su llegada al colegio T. Goró se burló de ella delante de sus compañeros: «Mitsuko, podríamos llamarte Manko», le soltó. «¿De qué hablas? No te entiendo», replicó ella. «¿No lo sabes? Significa "vagina"», respondió él, y sus amigos se rieron a coro.

—Fue asqueroso —dice Mitsuko torciendo nuevamente el gesto.

—Me extraña que a su edad Goró conociera una palabra tan grosera.

—Mitsuo, tú también estabas allí, pero no te reiste. Al contrario, te burlaste de él. «Y a ti podíamos llamarte Gorotsky». Pronunciaste esa palabra inventada como si fuera un nombre ruso. Él no entendía. «¿Eso qué es? ¿Un nombre extranjero?». Tú respondiste: «¡Qué va! Es una palabra japonesa, *go-ro-tsu-ki*: "canalla"». Todo el mundo se partía de la risa.

—¿En serio? No me acuerdo.

—Además, le regañaste: «Sé bueno con Mitsuko. Todavía no tiene amigos». Tus palabras me emocionaron.

La estrecho entre mis brazos y ella se queda quieta.

—Cuando te vi en el café M. me acordé de aquel incidente —murmura.

Mientras acaricio sus hombros, le hago una pregunta que me inquieta: ¿por qué llegó a nuestro colegio dos semanas después de empezar el curso? Al ver que se queda callada, no insisto.

—Metieron a mi madre en la cárcel y a mí me mandaron enseguida a casa de mi padre —responde al fin.

«¡En la cárcel!». Me quedo impactado. A continuación Mitsuko me aclara que no quiere contar la historia de su delito y yo no puedo hacer otra cosa que callarme.

—No fui a las excursiones escolares —dice—. A ninguna. Cada vez que había una, yo faltaba en la escuela para ir a ver a mi madre a la cárcel.

—Debió de ser duro para ti.

—No tengo el álbum de la clase. Mi padre se negó a que yo

figurara en él porque solo había estado un año. Al señor N. le entristeció aquello.

La estrecho muy fuerte contra mí, en silencio.

Sigo viendo a Mitsuko, siempre en su casa. Todas las veces, la llamo un poco antes de las nueve y media y ella acepta rápidamente mi visita. Salgo de su apartamento antes de las once y media.

Mitsuko nunca me invita a pasar la noche. En su casa no hay ni futón, ni cama, ni sofá para un visitante. «Me gusta mantener mi casa lo más simple posible», me dice. Tampoco me deja que lleve regalos.

No sé mucho de su vida, aparte de los dos oficios que ejerce: camarera y chica de alterne. Todavía no he tenido ocasión de conocer a Taró, su hijo de cuatro años, que duerme en la habitación contigua al «despacho». Ella tampoco conoce mi vida.

Mitsuko no me llama nunca al trabajo y no sabe mi número de teléfono personal. No hay ninguna tensión entre nosotros. Si pudiese mantener esta relación amorosa, sería muy feliz. En efecto, es una amante perfecta para mí, pues no tengo intención de divorciarme de mi mujer. Desde mi primera visita a casa de Mitsuko, ya no frecuento el salón rosa ni las cabinas de vídeo.

En cuanto a Goró, ya no lo veo ni quiero verlo más. Por suerte ha dejado de llamarme. Le conté al director del departamento de ventas mi conversación con Goró. Él se alegró de que el presidente del *sakaya* Kida contemplase la posibilidad de anunciarse con nosotros, pero yo le repetí que Goró y yo no éramos amigos y que ya no lo veía.

Mitsuko mira al techo, con su larga túnica de algodón levantada. Tumbado de costado, deslizo mi mano sobre sus piernas sedosas y ella cierra los ojos.

También esta noche, nada más entrar, la he besado como un loco en el rostro y en la nuca y he acariciado sus piernas y sus nalgas. No llevaba nada bajo la túnica. Mi cuerpo ardía. Mitsuko me llevó rápidamente a su «despacho» para no molestar a su hijo, que dormía. Seguimos besándonos. Primero de pie y contra la puerta, entrelazando nuestras piernas, mientras ella sofocaba sus gemidos.

Hacemos el amor sobre la alfombra, como de costumbre. Pero, a diferencia de la primera vez, la alfombra está cubierta de una sábana blanca y tenemos *zabuton* como almohadas.

Tumbado boca arriba, observo los libros que cubren por completo las cuatro paredes. Mitsuko parece pensativa.

—¿En qué piensas?—le pregunto mientras la acaricio.

—En el amor y la criminalidad.

—¿Qué?

Miro su rostro: «¿Qué va a contarme ahora? ¿La historia de su madre que estuvo en la cárcel?». Las largas pestañas negras permanecen inmóviles.

—Es un tema que uno de mis clientes abordó el otro día —dice a modo de preámbulo.

«¿Su cliente?». Imagino a Mitsuko debatiendo con hombres que la adoran y me invaden los celos. Vuelve la cabeza hacia mí.

—Cuando un hombre y una mujer se enamoran, se atraen por una cuestión química, ¿no?

Me quedo callado, todavía molesto por la imagen de Mitsuko rodeada de hombres.

—¿No? —repite.

—No lo sé, nunca he pensado en ello —respondo al fin sin gran entusiasmo—. Pero es evidente: el hombre y la mujer se atraen porque son opuestos como amantes.

Se queda pensativa y me entra curiosidad: «¿Cómo va a desarrollar este tema?». Recuerdo que hacía preguntas interesantes en clase de Ciencias. El señor N. siempre la felicitaba: «¡Muy buena pregunta, Mitsuko!».

—Opuestos, sí, pero no siempre —dice—. En cualquier caso, no nos enamoramos por convención o con condiciones. Son las químicas las que concuerdan.

—Espero que nuestras químicas combinen bien —murmuro mientras acaricio su larga cabellera negra.

—También hay seudoquímicas que solo unen temporalmente.

—¡Eres mala, Mitsuko! Yo ya estoy loco por ti.

—Es la pura realidad. Creemos que estamos enamorados, pero a menudo el amor no dura mucho por esa causa.

Un pensamiento triste me oprime el corazón: «¿Nuestro amor es solo temporal? ¿Tendré que dejarla algún día?».

—Si nos casamos solamente por convención —continúa—, por ejemplo mediante un *miai*, nos quedamos siempre entre gente del mismo estrato. Los ricos con los ricos, la gente instruida con la gente instruida. Es inquietante.

—¿Por qué inquietante? Es normal que los ricos se unan para proteger su fortuna. Las personas instruidas quieren que sus hijos también lo sean.

—Sí, es normal, pero entonces no hay mezcla entre personas de medios diferentes. Por ejemplo, si los pobres siguen condenados a mezclarse entre ellos, sus hijos serán igualmente desfavorecidos, lo que puede empujarlos a la delincuencia.

La escucho sin interrumpirla y me asalta una pregunta: «¿Por qué su madre cometió un delito? ¿Fue a causa de la pobreza?«.

—Y si los delincuentes solo pueden mezclarse entre ellos y esto se repite a lo largo de generaciones, los problemas sociales se agravarán —dice Mitsuko.

Sus palabras me entristecen. Aunque habla con distanciamiento, no puedo evitar imaginar su pasado infeliz. A pesar de su inteligencia, no parece haber terminado sus estudios. Su juventud debió de haberse visto trastocada por su madre.

—Por lo tanto—concluye Mitsuko—, la integración por medio del amor permitiría atenuar esos problemas.

—Ah, ahora entiendo de lo que hablas. De ese modo la sociedad se volvería más justa.

Ella alude nuevamente a sus clientes que debaten cada semana sobre un tema interesante y otra vez me invaden los celos de esos hombres que se divierten con ella durante toda la noche. Una pregunta me atormenta: «¿También se acuesta con ellos?».

—¿Quién cuida a tu hijo los viernes cuando trabajas en el bar? —le pregunto mientras se sienta.

—Mi madre. Ella vive en las afueras. ¿Por qué?

No respondo.

—No me acuesto con mis clientes —dice al tiempo que me acaricia la cabeza.

—¿Entonces quién se acuesta contigo, aparte de mí?

—Nadie.

Me incorporo al instante.

—¿De veras?

—Por ahora sí. En cualquier caso, tú eres el único desde que me mudé aquí.

Estamos en la casa de campo.

Los niños juegan en el salón. Sentada a la mesa de centro, mi hija dibuja con lápices de colores. En el dibujo hay montañas, campos, árboles y un río. Mi hijo juega con animales de plástico: un perro, un gato, una vaca, un caballo, un cerdo y un pollo. Mientras los coloca, ¡mita sus voces. Noto que mis hijos se han aficionado mucho a la vida de campo.

Son las seis de la tarde. Mi mujer ha salido a hacer la compra para la cena y estará de vuelta dentro de unos minutos.

Con la espalda apoyada contra la pared, empiezo a escribir mi diario.

Tengo en la mano la pluma estilográfica que me regaló Mitsuko. Una pluma de alta calidad de la marca P. Es el modelo que vi en el escaparate de una tienda en la calle comercial con soportales donde me encontré con Goró. La miraba con la esperanza de comprármela si mi mujer estaba de acuerdo, así que mi sorpresa fue grande cuando abrí el regalo.

> *Domingo*, 17 *de agosto. Nublado.*
>
> *Cumplo treinta y seis años. Hoy ha sido un día muy ajetreado para toda la familia.*
>
> *Hemos cosechado bardanas. Una máquina alquilada cavó la tierra y nosotros cosechamos las raíces. El resultado ha sido excelente. Atsuko y sus colaboradores estaban exultantes. Los niños nos han ayudado con las tareas menores. Pese al calor, han trabajado sin quejarse y les he felicitado.*

Me detengo. Mientras juego con la pluma, pienso: «Treinta y seis años. ¿Quién me dijo que es un punto de inflexión en la vida y que hay que plantearse seriamente cómo vivir el tiempo que queda?». Quizá fue mi padre.

Me gusta mi profesión, pero no quiero trabajar en la revista *N*. hasta que me jubile. Espero fundar mi propia revista dedicada a la historia regional y a las noticias locales. Cumplidos los sesenta, será demasiado tarde. Siento que si ahora no llevo a cabo ese proyecto, no lo haré jamás. ¿Pero cómo hacerlo?

—¡Papá!

Mi hija me llama y se levanta con el dibujo en la mano.

—¿Qué has dibujado? —le pregunto sonriendo.

Me enseña su hoja en la que hay dos flores entre rojas y violáceas cuya forma es casi idéntica.

—La de la izquierda es el *azami*—me dice.

Me da un vuelco el corazón.

—¿Y la de la derecha la conoces? —me pregunta.

—No.

—¿No? Es la flor de la bardana.

—¡Ah, es verdad!

Esas flores son raras de ver, porque se cosechan las raíces cuando las plantas son todavía jóvenes.

—Mamá ha dejado que crezcan algunas en un rincón de la parcela —me explica mi hija—. Son altas, ¡más altas que tú!

—¿En serio?

—Sí, pero sus tallos son frágiles, así que mamá ha puesto tutores de bambú para que el viento no los tumbe.

—Iré a verlos mañana contigo.

—Mamá me ha enseñado el lenguaje de las flores —añade.

—¿Qué es eso?

—*Azami* significa «independencia», «no me toques», «venganza».

—¿Ah, sí? ¿Y la bardana?

—«No me atormentes». El resto lo he olvidado.

Un poco desconcertado, observo las dos flores de cerca.

—En efecto, no se parecen nada.

Mi hija me da el dibujo.

—Es para ti, papá. ¡Feliz cumpleaños!

No sé qué decir, solamente: «Muchas gracias. ¡Qué ilusión!».

En ese momento nos llama mi hijo:

—¡Ha llegado mamá!

Todos tenemos hambre, así que mi mujer se pone rápidamente a preparar la cena. Los niños se van a la cocina y mi hija canta: «Plantemos, plantemos los brotes de arroz… El sol sonríe y nosotros también… Esperemos, esperemos las olas verdes…». Es la canción de la siembra del arroz que le enseñó el otro día la pareja de ancianos que vive al lado. Mi mujer y mi hijo la acompañan y yo los escucho distraído.

Estamos sentados a la mesa, disfrutando de un banquete por mi cumpleaños. Los niños charlan animadamente. Mi mujer me sonríe y me da una cajita envuelta en un papel rojo.

—Cariño, un regalo para ti.

—Muchas gracias. ¡Qué ilusión! —repito.

Los niños me miran abrir el paquete, curiosos. En cuanto se abre la caja, mi hija exclama:

—¡Una pluma! ¡Papá ya tiene una!

Estamos tumbados boca arriba, con la cabeza apoyada en el *zabuton*. Mi cuerpo ya está totalmente acostumbrado a su alfombra. Sócrates se pasea a nuestro alrededor mientras Mitsuko respira lentamente, con los ojos cerrados.

—Estoy casado y tengo dos hijos —le confieso—. Una niña y un niño. Mi hijo tiene la misma edad que el tuyo. Mi mujer lleva su propia empresa agrícola.

Abre los ojos. No tengo ni idea de cómo va a reaccionar.

—¿Y tu mujer cómo es? —me pregunta sin cambiar de expresión.

—Una buena persona —respondo—. Sensata, inteligente e independiente, como tú.

—Sin embargo no tenéis relaciones sexuales desde hace mucho tiempo.

—¿Lo has notado?

—Es evidente. ¿Cómo satisfacías tu necesidad antes de encontrarme?

Esa pregunta directa me deja cohibido. Avergonzado, le cuento que frecuentaba el salón rosa.

—Gracias a los *fuzoku-ten* se ha salvado tu matrimonio —me interrumpe—. Los hombres como tú deben estar agradecidos a las mujeres que trabajan en esos sitios.

Su tono es irónico.

—Tienes razón… —murmuro.

—¿Por qué dejasteis de hacer el amor? —me pregunta.

Le describo la situación. Al principio todo iba bien con mi mujer, pero durante su segundo embarazo, empecé a ir al salón rosa y eso la perturbó. Después intentamos retomar nuestra vida conyugal, pero sin demasiado éxito, y desde entonces ya no hacemos el amor.

—¿Quieres a tu mujer?

—Sí. Es la primera vez que la engaño.

Se queda callada. Le hablo con franqueza. Estaba harto de salir nada más que para aliviarme. De hecho, quería arreglar nuestros problemas conyugales pero siempre dejaba la solución para más tarde. Mitsuko me escucha en silencio.

—Fue entonces cuando te vi —prosigo—. Al instante me quedé prendado de ti, tan hermosa y sensual.

No dice nada. «¿La habré ofendido?», me pregunto, temeroso.

—Antes de trabajar en el bar X., me prostituí durante dos años —

dice al fin.

«¿Fue prostituta?». A estas alturas ya nada me sorprende.

—Uno de mis clientes era el señor K. —continúa—, un comentarista de historia.

«¿El señor K.?». Ese nombre me resulta familiar. Hago memoria: «Ah, es uno de los hombres con los que hablaba en el bar». Mitsuko me cuenta su historia y yo la escucho con una mezcla de celos y curiosidad.

Un día su agencia la mandó a un hotel. Se trataba de un hotel de mediana categoría. Cuando llegó a la habitación del cliente a última hora de la tarde, reconoció al instante al señor K., al que había visto en la televisión. Él le preguntó muy educadamente si tenía hambre o si quería beber algo y ella dijo que no. Aquel hombre le parecía tímido, e incluso avergonzado. Estaba sentado en el borde de la cama, sin moverse. Ella estaba preparada pero su cliente no. Al cabo de un momento, él se puso a contarle su historia: «Estoy casado. Quiero a mi mujer, pero hace años que no tenemos relaciones sexuales. Ella nunca llega al orgasmo, al menos conmigo, y yo quiero que disfrute. ¿Podría usted guiarme para darle placer?». Su tono era respetuoso. El hombre se arrodilló ante ella, desesperado.

Con la cabeza gacha, pienso en mi mujer.

—Yo estaba emocionada por las palabras del señor K. —dice Mitsuko.

—¿Lo ayudaste?

—Por supuesto. Hice lo que pude. Al final me lo agradeció mucho, como un alumno ante su maestro.

—¿Cuántas veces contrató tus servicios?

—Solamente dos veces, pero la segunda me invitó a un restaurante para darme nuevamente las gracias: al final había conseguido tener relaciones sexuales con su mujer. Luego me propuso trabajar en el bar X., a cuyo dueño conocía bien.

Sigo pensando en mi mujer y en nuestra vida conyugal.

—El señor K. enriqueció mis lecturas con sus consejos —dice Mitsuko con tono sosegado—. Mis clientes del bar X. valoran mucho mis conocimientos generales.

Creo que si hubiese tenido la educación adecuada, habría podido ejercer una profesión más acorde a sus intereses. La imagino enfrascada en su lectura tras su larga jornada, sobre todo después de acostar a su hijo.

Le hago una pregunta indiscreta:

—¿Cuánto ganas en el bar X.?

—Cien mil yenes cada viernes.

—¿Tanto?

Pasmado, le hago otra pregunta:

—¿Por qué trabajas también en un café? Tu sueldo allí debe de ser mínimo.

—Para no perder el contacto con la realidad. No es norma ganar tanto dinero charlando unas pocas horas.

Esta mañana, m¡mujer me anuncia: «Falta poco para que se terminen las vacaciones escolares. Los niños están muy contentos en el campo, así que nos quedaremos aquí hasta final de mes». Prometo reunirme con ellos dentro de unos días, mientras pienso en ir esta noche a casa de Mitsuko.

Llego a la oficina antes de lo habitual. Se acerca la fecha del cierre del próximo número y debo terminar todas las correcciones y maquetaciones.

Nada más sentarme, el redactor jefe me dice que vaya a ver al director del departamento de ventas. Él mismo no sabe de qué se trata. Acudo rápidamente al despacho del director, que no parece estar de buen humor.

—¿Ocurre algo?

El director se rasca la cabeza, como si dudara en entrar en materia.

—Es a propósito del *sakaya* Kida. ¿Te acuerdas de nuestra conversación? Nuestra revista se ofreció como anunciante a esa empresa.

—Claro. Ya le dije que lo hablé directamente con Goró Kida. ¿Todavía no ha aceptado?

—Ayer… me puse en contacto con su responsable comercial y me confirmó que estaban interesados —responde el director en tono ambiguo.

—¡Ah, muy bien! Es lo que me dijo Goró.

—Pero, según ese hombre, el señor Kida ha cambiado de opinión a causa de un rumor sobre nosotros —dice muy serio.

—¿Qué rumor?

—Se comenta que uno de nuestros empleados frecuenta a una prostituta.

—¿Perdón?

Al instante me viene a la mente la imagen de Mitsuko. Aunque no sea prostituta, ese comentario me sacude.

—La descripción de ese empleado concuerda contigo —dice el director visiblemente incómodo—. ¿Sabes algo de todo esto?

—¡No! —desmiento rotundamente.

—Entonces no es más que un rumor.

—¿Pero qué tiene que ver ese rumor con su publicidad? —pregunto, más calmado.

—Es evidente, amigo mío. Para una compañía prestigiosa como

Kida es deshonroso patrocinar o anunciarse en una organización que tenga mala imagen.

Me gustaría decirle que «Goró el Gentil» dedica su tiempo a divertirse con sus tres amantes y que su hermanastra es quien de verdad dirige el *sakaya* Kida.

El director se rasca de nuevo la cabeza.

—Cada cual tiene su vida privada y eso no le incumbe a nadie, pero hay que tener cuidado de no dar pie a las críticas. Nuestra revista es reconocida por su excelencia.

Salgo de su despacho, confundido. Pese a la sensatez de su comentario, tengo un sentimiento extraño. «Alguien está enterado de mi relación con Mitsuko… Pero ¿quién?».

De vuelta en mi despacho, mi asistente me trae las pruebas de un texto del consejero L.

—Me gusta mucho la sección del señor L. Este mes hay una pregunta especialmente interesante —me dice con una sonrisa.

Empiezo a leer la sección. Ya se han corregido las erratas y solo tengo que asegurarme de que esté perfecta. Hay tres preguntas, la última de las cuales atrae mi atención. A medida que la leo, noto cómo la sangre me va subiendo a la cabeza.

Querido señor L.:

Estoy casada. Mi marido trabaja en una empresa relacionada con los medios de comunicación. Tenemos dos hijos menores de diez años y todos gozamos de buena salud, así que puede decirse que tengo suerte. Sin embargo, somos un matrimonio casto desde hace tres años.

Mi marido empezó a frecuentar los salones rosas durante mi segundo embarazo. Desde entonces ya no hacemos el amor ni dormimos juntos. Él es una buena persona y un buen padre que trabaja duramente para su familia, y yo intento tolerar que vaya a esos sitios.

Hace poco descubrí que tenía una relación amorosa con una antigua amiga. Ha sido un duro golpe para mí, porque la relación parece seria. Yo acabo de montar una empresa que marcha bien. Heredé de mi padre una casa donde paso mucho tiempo. Contemplo un posible divorcio y preparo mi propia vida con mis hijos, pero sigo enamorada de él.

¿Qué me aconseja?

Me quedo atónito. «¡Es Atsuko!». Me tiembla la mano. Ha enviado esta carta a nuestro consultor en vez de hablar conmigo. «¿Qué es esto?». Me invade la cólera y trato de calmarme. «Pero ¿cómo se ha enterado de mi relación con Mitsuko?». La palabra «divorcio» me

impacta. Leo la respuesta del consejero L.

Querida amiga:

Igual que ocurre con una enfermedad que no se ha cuidado durante años, su problema también necesitará tiempo para arreglarse.

El matrimonio consiste antes que nada en vivir y dormir juntos. Si la pareja no vive en la misma casa, la situación solo puede agravarse. El refrán dice: «Ojos que no ven, corazón que no siente», pero en el caso de las parejas debería decir: «Camas separadas, corazón que no siente». Si desea salvar su matrimonio porque todavía quiere a su marido, vuelva a ese principio básico antes de que sea demasiado tarde. En primer lugar, hable con su marido. Si él aún la quiere, cambiará de comportamiento para vivir la verdadera vida conyugal con usted. ¡Buena suerte!

Todavía impactado, releo los textos tres veces. «¡Vaya día! Todo se tuerce a mi alrededor», me digo, y renuncio a pasarme esta noche por casa de Mitsuko.

Está muy oscuro. No hace nada de viento y el silencio es total.

Estoy solo en casa. Después de una cena tardía, bajo al patio trasero. Sentado en el banco, enciendo un cigarrillo. El humo asciende en línea recta. Elevo la mirada hacia el cielo sin estrellas y me sumerjo en mis reflexiones.

Esta mañana, mi mujer me dijo antes de marcharse otra vez al campo: «Los niños son muy felices en el campo. Tienen la ilusión de ir a los colegios del pueblo». Yo no tomé en serio sus palabras y me limité a responder: «Es normal. Han hecho muchos amigos allí durante las vacaciones». Mi mujer también me dijo: «Desde hace años sueñas con tener tu propia revista dedicada a la historia regional y a las noticias locales. Me parece una idea excelente. ¿Cuándo vas a cumplir tu sueño?». Como tengo la cabeza ocupada por un nuevo proyecto para la revista *N.*$_t$ me limité a responderle de manera vaga.

Pienso en mi vida familiar, en mi vida profesional y sobre todo en la conyugal. Sigo queriendo a Atsuko y no quiero divorciarme. Tenemos que encontrar una solución razonable para continuar juntos.

El consejero L. tiene razón. Tenemos que vivir bajo el mismo techo y dormir en la misma habitación y en la misma cama. La situación actual es culpa mía. En vez de hacer frente a nuestro problema conyugal, frecuento los *füzoku-ten*. No tengo derecho a quejarme de que Atsuko haya escrito al señor L. para que yo lea su carta.

Treinta y seis años. El punto de inflexión en la vida. Pienso de nuevo en mi sueño. «¿Por qué no ahora?». Los negocios agrícolas de Atsuko marchan bien. Es mejor que yo también me mude al campo. Venderíamos esta casa y así podría alquilar o comprar un estudio en un lugar conveniente cerca del pueblo, en M. por ejemplo.

Pienso en Mitsuko. La idea de no verla más me entristece profundamente, pero no tengo elección.

Me hechizó nada más verla en el bar X., igual que me atrajo hace veinticuatro años. Probablemente estamos unidos por seudoquímicas que solo vinculan temporalmente, como ella dijo. Sin embargo, es la única mujer con la que he hecho el amor apasionadamente. La echaré terriblemente de menos.

Caen las cenizas de mi cigarrillo. Mis ojos se empañan de lágrimas y oigo la nana de mi abuela: «Me llamo Azami y soy la flor que mece la noche. Llora, llora en mis brazos. Aún queda lejos el alba».

Sócrates maúlla y viene hacia mí mientras me quito los zapatos. Luego se para y me mira como un viejo sabio. Las pequeñas sandalias azules siguen colocadas en el mismo sitio. Son las de Taró, el hijo de Mitsuko al que nunca he visto.

De pie delante del vestíbulo, Mitsuko me recibe sin decir nada. Su túnica, su peinado, el olor a jabón, todo es parecido, pero siento que ella está diferente esta noche, igual que yo. No nos besamos. Esta vez me lleva a la cocina, como la primera vez, y yo la sigo acompañado de Sócrates.

Me siento a la mesa y ella me sirve un vaso de té de cebada frío. Mientras bebo, miro a mi alrededor. La ventana, el fregadero, la pequeña cocina eléctrica, los utensilios de cocina colgados en la pared, el teléfono. Nada ha cambiado. Simple y minimalista. El aire acondicionado está apagado.

Mitsuko permanece de pie, apoyada contra el fregadero. Pienso en su hijo y una idea extraña me cruza por la mente: «¿De verdad duerme en esta casa? ¿Existe realmente?». Ella eleva la mirada al techo. Cuando busco la manera de explicarle mi situación familiar, me dice:

—Ayer por la noche tuve una visita.

—Creía que no invitabas aquí a nadie más que a mí.

—Se invitó él mismo.

—¿El? ¿Quién?

—«Goró el Gentil» —dice con tono ensombrecido.

—¿Qué?

Me quedo estupefacto. «¡Goró vino aquí!».

—Sabe que vienes regularmente —añade.

—¿Qué?

No sé qué decir. Me invade un sentimiento desagradable. Gord debió de seguirme después del trabajo. Así que él es la fuente del rumor sobre mí. También debió de llamar a mi mujer. «¡Qué canalla!», pienso indignado.

Mitsuko me cuenta el incidente.

—Alguien llamó a la puerta a la hora en que sueles llegar tú. Yo imaginaba que habías olvidado llamarme. Y de repente aparece. ¡Qué susto! Además, estaba borracho. Lo que se dice una visita no deseada.

—¿Por qué vino aquí?

—No sé sus verdaderas intenciones, pero lo primero que me dijo fue: «Gracias a mí, Mitsuo ha tenido la oportunidad de volver a

encontrarte».

Bajo la cabeza, abochornado. Ella ahora sabe que estuve en el bar X. con Goró y que no la reconocí por casualidad en el café M. Me siento estúpido por haber respetado la petición de Goró: «Si vuelves a ver a Mitsuko, no le menciones mi nombre».

—Goró se puso a hablar de las reuniones de antiguos alumnos que organiza cada año —continúa—. Al ver las sandalias de Taró, dijo: «¡Ah, tienes una familia sin padre! No hay problema. Yo contrato a niñeras para las jóvenes mamas. Ven a nuestra reunión, aunque sea una vez. Tú y Mitsuo sois los únicos que no habéis ido nunca».

—¿Tú cómo reaccionaste?

—Le dije que no me interesaba y que no me mandase más tarjetas de invitación. Goró me gritó, ofendido: «¡Qué lástima! Todo el mundo debería enterarse de tu éxito en un bar de primera categoría. Solo se te conoce como camarera en un café vulgar». Asqueada, le cerré la puerta.

«¡Qué canalla!», pienso indignado.

Tumbado en el suelo, Sócrates me mira fijamente.

—Lo siento mucho —me disculpo al fin—. No tenía intención de mentirte.

Mitsuko se queda callada. Yo le explico mi versión de la historia: mi primer encuentro con Goró, nuestras tres salidas para beber, las peticiones de la revista *N*. al *sakaya* Kida para que se anunciase en ella, y el rumor de que yo era objeto. Cuando termino, me dice con tono calmado:

—Ayer me acordé del punto en común entre Goró, tú y yo.

—¿El punto en común?

—Hablo de cuando íbamos al colegio T.

Estoy confundido. «¿Qué va a contarme ahora?».

—En esa época —continúa— yo vivía con mi padre, que se había vuelto a casar hacía más de cinco años. Tú vivías con tu abuela porque habían trasladado a tu padre durante dos años a una ciudad lejana. Tu padre se acababa de volver a casar.

Me sorprende que se acuerde del traslado de mi padre. Mi abuela me acogió en su casa porque yo no quería vivir con la mujer de mi padre.

—¿Y Goró? —pregunto, curioso.

—Como te dije, tenía una hermanastra. Su padre se volvió a casar cuando Goró tenía tres años. Así que en esa época él vivía con su padre, la mujer de este y su media hermana.

—Ni siquiera sabía que tenía una media hermana.

—En resumen, que en sexto éramos los únicos que teníamos un padre que se había vuelto a casar.

—Entonces, los padres de Goró también se habían divorciado.

—No. Su madre se murió cuando Goró era todavía un bebé.

—¿Cómo sabes esas cosas?

—Porque al poco de llegar yo, Goró me contó su historia y me propuso lo siguiente: «Mitsuo, tú y yo pertenecemos a una familia desgraciada. Podríamos ser amigos y hacer cosas juntos».

—¿De veras? ¿Y qué le respondiste?

—Lo mismo que ayer. «No, gracias. No me interesa». Después de aquello, Goró se burló de mi nombre delante de los demás y tú te burlaste del suyo para protegerme.

—Qué memoria… —murmuro.

Sócrates maúlla.

—Mi «desgracia» probablemente es mayor que la de Goró —le digo.

—¿Tu desgracia?

Mitsuko me mira perpleja.

—Mi madre se enamoró locamente de otro hombre y desapareció de repente de la vida de mi padre y de la mía —le explico.

—Cada uno tiene su historia, en efecto —dice ella lanzando un suspiro.

Recuerdo la época en que nació mi hija. Al contemplar a Atsuko besar al bebé, yo pensaba en mi madre: «¿Cómo pudo abandonarme así?». Por el contrario, el amor de mi abuela por mí era absoluto y me protegía sin reservas.

—Mitsuko, ¿quieres a tu madre?

Asiente con la cabeza.

—Sí, mucho. Nos entendemos realmente bien.

—Tienes suerte.

—De hecho, tenemos planeado abrir una tienda de libros de viejo. Mi madre también es una gran lectora.

—¡Buena idea! ¡Eso está muy bien! —exclamo.

Sócrates sigue con los ojos clavados en mí. Finalmente le cuento mi proyecto a Mitsuko.

—Mitsuko, voy a irme de Nagoya con mi familia. Tengo pensado fundar mi propia revista en M.

No dice nada. Le confieso mi situación conyugal y que no podré ir más a su casa.

—Lo comprendo, Mitsuo —me responde.

Le tiembla la voz y sus ojos se humedecen. Con el corazón oprimido, la estrecho entre mis brazos. Siento de nuevo el olor a jabón. Baja la cabeza como si quisiera esconderla en mi pecho, mientras yo le acaricio el pelo, suavemente.

—Tú serás siempre mi primer amor.
Mis lágrimas caen sobre su nuca.
—Gracias otra vez por tu diario —murmura.

Hoy es mi último día en la revista *N*.

Por la mañana, como de costumbre, llego sobre las nueve y media. Ahora no hay mucho que hacer: acabo de explicarle a mi sucesor las tareas que deberá cumplir. Me despediré cuando haya recogido mis cosas.

Hacia el mediodía viene a verme el redactor jefe. Me propone comer con él en un restaurante. «Invito yo —me dice con una sonrisa —. Me gustaría hablar contigo en privado». Acepto su invitación.

Vamos a parar nuevamente a la calle comercial con soportales. Es sábado. Hay muchas familias paseando y ruido de música por todas partes. Al pasar frente al *pachinko-ten*, veo las ventanas en lo alto. Es el café M. «Adiós, Mitsuko».

Mi jefe se para delante de una puerta: «Es aquí, compañero». Sube las escaleras y yo le sigo sin ver siquiera el nombre del restaurante. Al observar la pared recubierta de madera natural, tengo un sentimiento de *déjá-vu*. ¡Ah, fue aquí donde Goró me vio la primera vez! Le insulto en mi fuero interno: «¡Menudo cabrón! Si volviese a encontrármelo, le daría un puñetazo en la cara».

El redactor jefe y yo nos sentamos en un rincón.

—¿De verdad te vas a hacer agricultor? —me pregunta burlón.

—¿Por qué no? El negocio agrícola de mi mujer va muy bien.

—Tú eres el arquetipo de urbanita. No creo que sobrevivas mucho tiempo en un pueblo.

Me echo a reír.

—El trayecto entre Nagoya y el pueblo se hace en menos de una hora. Volveré de vez en cuando.

Se queda un momento callado. Todavía no he hablado con nadie de mi proyecto: tener mi propia revista en la ciudad de M., muy cerca del pueblo.

—¿No contemplas la posibilidad de hacerte periodista *free-lance* o reportero? —me dice el director, mirándome muy serio.

—Sería posible, desde luego.

—En ese caso, escribe para nuestra revista, por favor.

Esta proposición me anima.

—¿Por qué no? —repito, muy contento.

Mi exjefe se sincera conmigo. Me dice lo mucho que valora mi contribución y que desea vivamente mantenerme como colaborador.

Nos despedimos delante del edificio. Él continúa su camino para

ver a un periodista y yo me dirijo a la oficina. Me queda recoger las cajas con mis objetos personales.

Paso por delante de la tienda de música, de donde sale una melodía nostálgica. Me viene a la mente la nana de mi abuela:

De nuevo esta noche tu almohada está bañada en lágrimas.

¿Con quién sueñas? Ven, ven a mí.
Me llamo Azami y soy *la flor que mece la noche.*
Llora, llora en mis brazos. Aún queda lejos el alba.

Estaba aquí cuando Goró me llamó susurrando mi nombre. Así comenzó mi drama amoroso. Tenía razón. Gracias a él pude encontrar de nuevo a Mitsuko, cuando mi matrimonio era casto. Le hice el amor como un loco, como si quisiera quemar totalmente mi deseo sexual, y ese drama caótico al final me ha llevado a reanudar una vida normal con mi mujer, a la que sigo queriendo.

Salgo de los soportales de la calle comercial. Hace buen tiempo. El sol brilla, pero me parece que ha aflojado el calor. Sopla una brisa fresca y se siente el comienzo del otoño. Camino con paso rápido.

En la oficina, recojo mis cosas y las cargo en el coche. Luego salgo para el campo a reunirme con mi familia.

Al arrancar el coche, decido pasar por la calle donde vive Mitsuko con su hijo. No tengo intención de molestarles, solo quiero ver su barrio, que no he vislumbrado más que a oscuras.

Conduzco lentamente mientras observo los edificios: casas, tiendas, cafés, restaurantes, librerías. Una calle comercial común y corriente. Al acercarme a la ferretería, reduzco de nuevo la velocidad. Al pasar por delante, veo un cartel colgado en el escaparate: «Se alquila apartamento». Me quedo sorprendido: «¿Se han mudado?».

Aparco el coche en la esquina de la calle y vuelvo a la ferretería. «Se alquila apartamento. Listo para entrar a vivir». Leo la descripción, perplejo: «Cocina, dos habitaciones, salón, aire acondicionado». Miro hacia arriba. Las ventanas están tapadas por cortinas blancas. Desconcertado, me quedo parado delante del anuncio.

La puerta de la ferretería se abre y sale una mujer de unos sesenta años con un delantal rojo.

—Buenos días, señor —me dice sonriente—. ¿Está pensando alquilar ese apartamento?

—Sí, señora —le respondo sin pensar—. ¿Puedo verlo?

—Por supuesto. Espere un minuto que avise primero a mi marido —dice antes de meterse de nuevo en la tienda.

Espero unos segundos delante de la puerta. Elevo los ojos al cielo azul. «¿Dónde estarán ahora Mitsuko y su hijo?».

La señora regresa con una llave en la mano. La sigo por el callejón contiguo al edificio que conozco bien. Ella me hace preguntas sobre mi trabajo y sobre la composición de mi familia. Me invento que trabajo en un banco y que somos dos, mi mujer y yo. «¡Entonces es perfecto para usted! —exclama la mujer—. Espero que le guste el apartamento».

Subimos la escalera de metal oculta por el caqui. Desde lo alto se ve el jardín lleno de flores de cosmos. No lo había visto en la oscuridad. Es bonito. Me siento extraño, como si viniese aquí por primera vez. La señora me invita a entrar mientras abre la puerta.

—Pase, señor.

Al quitarme las sandalias, pienso en las pequeñas sandalias azules de Taró. Tengo la sensación de que Sócrates me recibirá con un maullido. La señora me enseña primero la cocina.

—Es pequeña pero suficiente para una pareja, ¿verdad?

—Sí, desde luego.

Ya no están las dos sillas, la mesa, los utensilios colgados en la pared encima del fregadero, el teléfono. Tengo una sensación de irrealidad: «¿De verdad Mitsuko estuvo aquí?».

A continuación la mujer me invita al salón de tatamis con dos grandes ventanas. Me paro delante de la pared donde había un gran acuario con peces tropicales de colores y me vuelvo hacia ella:

—¿Desde cuándo lleva libre este apartamento? —pregunto.

—Desde hace solo una semana. Los últimos inquilinos eran una mujer y su hijo de cuatro años. Vivieron aquí dos años.

La mujer sigue hablando de ellos. Yo aguzo el oído para no perder palabra. Según ella, esa familia llegó allí por mediación de una conocida suya. Era la mujer del famoso comentarista de historia K.

—No tuvimos ningún problema con esa familia —dice la mujer, sonriendo.

—Así y todo —la interrumpo—, el niño de cuatro años molestaría con sus gritos, ¿no?

—El niño era sordomudo —responde ella lanzándome una mirada curiosa—. Iba a la escuela para discapacitados. Él y su madre se comunicaban en lengua de signos.

«¿Sordomudo, lengua de signos?». Aquello me deja sorprendido. Vuelvo los ojos hacia la ventana. Mitsuko siempre me hacía callar porque su hijo estaba dormido. De pronto me acuerdo de lo que Goró me dijo en el bar: «Mitsuko habla inglés, español, e incluso sabe la lengua de signos».

—Era un mestizo, muy guapo y adorable —prosigue la mujer—. Según su madre, el padre del niño era europeo, pero yo nunca le vi.

«¿Mestizo? ¿Padre extranjero?». Me siento cada vez más desorientado. Mitsuko ni siquiera me enseñó fotos de su hijo.

Salimos del salón. La mujer abre la puerta de la habitación de la izquierda y veo su interior por primera vez. Es aquí donde dormían Mitsuko y su hijo. Enfrente hay una ventana y a la derecha un *oshiire*. La mujer se pone a hablar del barrio pero, distraído, no le presto atención.

Luego abre la puerta de la habitación de la derecha, el «despacho» de Mitsuko. Allí no hay nada más que la ventana. El escritorio, la silla y los libros que cubrían las cuatro paredes han desaparecido, igual que la alfombra sobre la que hacíamos el amor salvajemente. Vuelvo a ver a Mitsuko cogiendo un sobre de un cajón de su escritorio. «¡Es mi regalo para til».

—Esa mujer tenía muchísimos libros —dice la casera—. Parecía muy inteligente.

—¿En qué trabajaba?

—Era asistente del comentarista de historia K. Tenía buenas referencias y la admitimos sin problema.

—¿Ah, sí? —digo, haciéndome el tonto.

Normalmente, me cuenta, una agencia inmobiliaria se ocupa de la gestión de los alquileres, pero el caso de esa pequeña familia fue una excepción. Las palabras «pequeña familia» me emocionan y siento que mis ojos se humedecen por las lágrimas. De pronto la mujer exclama:

—¡Vaya! Pero si se han dejado un libro.

Va hacia el fondo, donde hay una pequeña estantería colocada contra la pared, a la izquierda de la ventana. Al coger el libro en sus manos, murmura:

—Ah, es la revista *N*.

Miro la cubierta. Es la del número del mes de septiembre, en el que mi mujer escribió al consejero L. Pienso: «Mitsuko probablemente leyó su carta».

—¿Conoce usted esta revista?—me pregunta la mujer.

—Sí, me gusta mucho.

—A mí también. Tiene una sección de historia regional que me parece excelente.

Sonrío sin decir nada. Al hojear las páginas, la mujer se sorprende y dice en voz baja:

—¡Mire! Hay una flor de *azami*… marchita.

GLOSARIO

Azami: cardo.

Bento: comida para llevar servida en una caja.

Füzoku-ten: establecimiento donde se ofrecen servicios sexuales.

Genji-na: designa los apodos ligados a la novela *La historia de Genji*, que se daban a las mujeres que servían a los nobles en la corte imperial. Designa también los alias que se ponen las chicas de alterne.

Izakaya: taberna, restaurante.

Kanji: ideograma chino.

Kyóju: profesor de más alto rango en un departamento universitario.

Miai: encuentro acordado con vistas a un matrimonio.

On 'yomi: fonética china.

Oshiire: armario para la ropa normal y de cama, empotrado en la pared.

Pachinko-ten: sala de *pachinko* (juego japonés parecido al *pinball).*

Sakaya: tienda o comercio de licores.

San: sufijo de cortesía equivalente a «señor», «señora» o «señorita».

Tandai (tanki-daígaku): estudios universitarios de dos años.

Ukiyoe: estampa o pintura de género de la época Edo.

Yosomono: extranjero.

Zabuton: cojín cuadrado utilizado para sentarse en los tatamis.

Si te ha gustado

Azumi, el club de Mitsuko

te queremos recomendar

He extendido mis sueños a tus pies
DE *AUTOR*

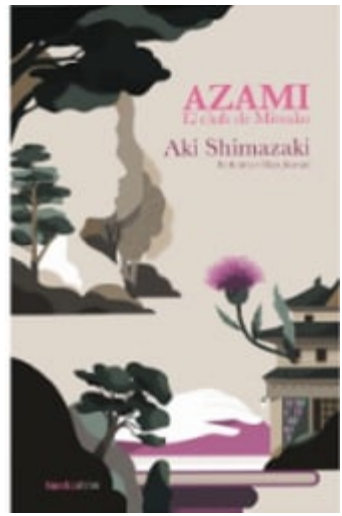
A LA ROSA SOBRE LA CRUZ DELTIEMPO

¡Rosa roja, Rosa altiva, triste Rosa de mis días!
Acércate mientras canto las antiguas tradiciones:
Cuchulain plantando cara a la marea inclemente;
el gris Druida hijo del bosque, el de tranquila mirada,
que asedió a Fergus con sueños y desastre inenarrable,
y tu propio desconsuelo, que las estrellas, marchitas
por bailar sobre las aguas con sandalias plateadas,
entonan con solitaria y orgullosa melodía.
Ven, que ya no más cegado por el destino del hombre
encuentre bajo las ramas del amor como del odio,
en todas las necias cosas que viven un solo día,
la belleza sempiterna vagando por su camino.
Ven, acércate a mi lado; y abrid un pequeño espacio
para que todo se colme con el olor de la rosa.
Que pueda seguir oyendo cosas comunes y ansiosas;
el gusano que se oculta en su pequeña caverna,
el ratonzuelo corriendo junto a mí sobre la hierba
y mortales esperanzas que se afanan y transcurren;
no escuchar sino las cosas extrañas que dijo Dios
al corazón luminoso de los que han muerto hace tiempo,
y salmodiar una lengua que los hombres desconocen.
Ven, acércate; quisiera, antes que llegue mi hora,
cantar la Irlanda de antaño y las viejas tradiciones:
Rosa roja, Rosa altiva, triste Rosa de mis días.

¿QUIÉN VA CON FERGUS?

¿Quién irá desde ahora en el carro de Fergus
a rasgar la penumbra del recóndito bosque
y bailar en la orilla de las aguas en calma?
Alza, joven, tu frente pelirroja,
y alza, niña, tus párpados serenos,
y no penséis ya más en miedos y esperanzas.
Y no penséis ya más con esquiva mirada
en el misterio amargo del amor;
pues que Fergus gobierna las livianas carretas
y gobierna las sombras de los bosques,
y el blanco pecho del sombrío mar
y todas las errantes estrellas despeinadas.

Azumi, el club de Mitsuko



En las páginas de *Azami*, la primera novela de una pentalogía, Aki Shimazaki habla de una familia como muchas otras, retratando sentimientos íntimos, relaciones rotas vividas en las sombras y mentiras.

Mitsuo Kawano, de treinta y seis años, divide su tiempo entre su familia y su trabajo como redactor en una revista de actualidad, y para compensar la inexistente vida sexual con Atsuko, la madre de sus hijos, frecuenta un lujoso club. Allí, se encontrará con la hermosa y misteriosa Mitsuko, excompañera de clase, que fue su primer amor secreto. Los recuerdos resurgen y pronto empieza una relación entre los dos en la que Mitsuo redescubre una pasión inesperada y que lo abarca todo. Sin embargo, el aparente equilibrio entre la vida cotidiana y los encuentros furtivos está destinado a resquebrajarse…

Aki Shimazaki (Gifu, Japón, 1954). Novelista y traductora canadiense de origen japonés. Se mudó a Canadá en 1981, y ha vivido en Vancouver y Toronto. Actualmente vive en Montreal, donde enseña japonés. Escribe y publica sus novelas en francés desde 1991. Su segunda novela, *Hamaguri*, ganó el Premio Ringuet en 2000. Su cuarto libro, *Wasurenagusa*, recibió el Premio Literario Canadá-Japón en 2002, y su quinta obra, *Hotaru*, el Premio Gobernador General 2005 de ficción en lengua francesa. Sus libros han sido traducidos al inglés, japonés, alemán, húngaro y ruso.

NOTAS

[1] Serie de días festivos en Japón desde finales de abril a principios de mayo (*Todas las notas de esta edición son del traductor, salvo si se indica lo contrario).*

[2] Las palabras en cursiva vienen recogidas en un glosario al final de la obra. (*N. del E.).*

[3] Establecimientos en Japón especializados en sexo oral.

[4] Salas pornográficas donde los clientes se masturban mientras ven vídeos pornográficos.

[5] Hoteles que alquilan habitaciones por horas o por noches. Su clientela se compone principalmente de parejas que buscan un lugar donde practicar sexo con total discreción, pues el anonimato está asegurado. Suelen estar altamente automatizados y muchos parecen pequeños «parques temáticos».